

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — Tomo XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 593.

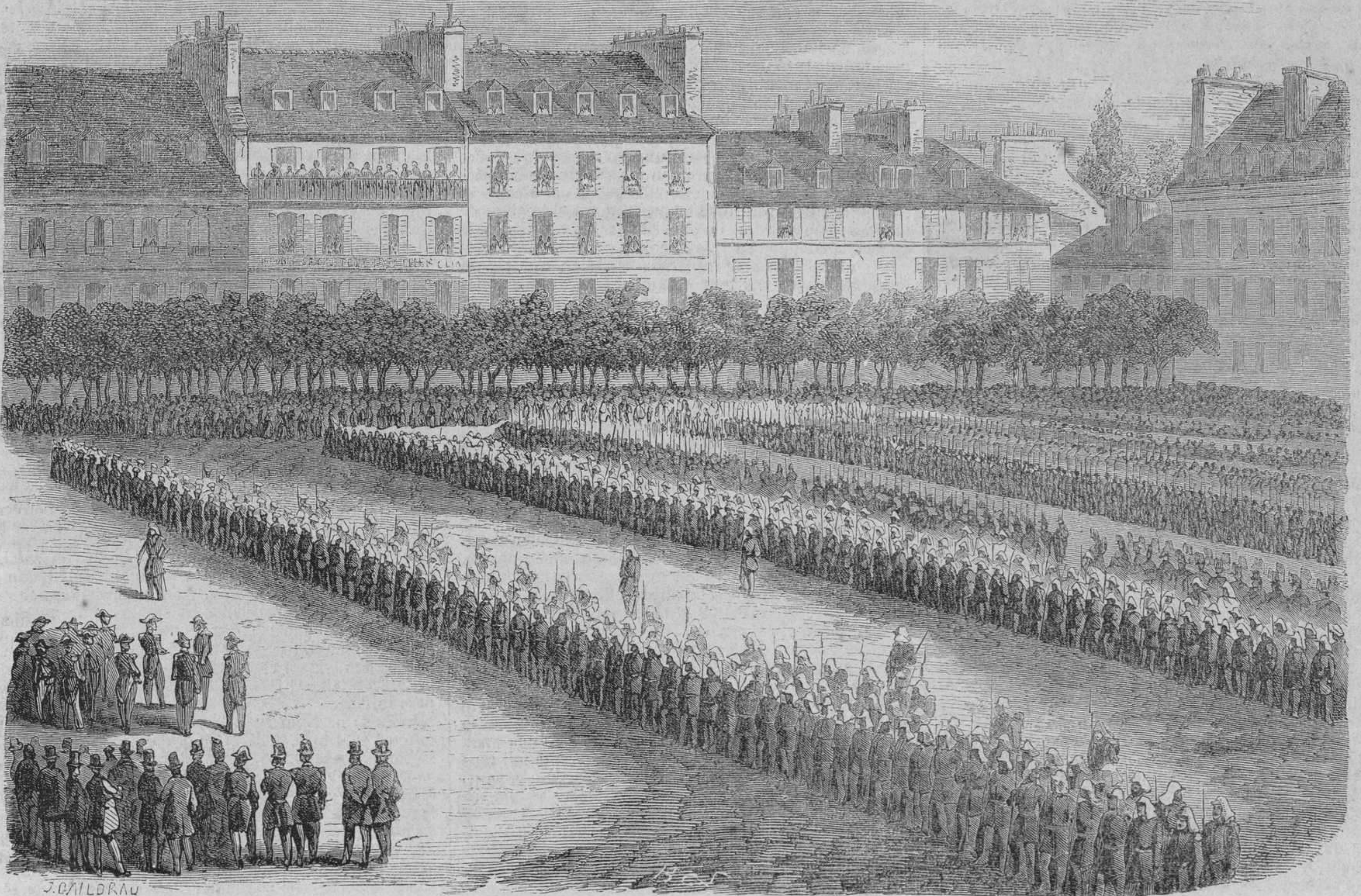
SUMARIO.

Recepcion hecha en Brest á las tropas francesas de regreso de Méjico; grabado. — Revista española. — Distribucion de premios en las escuelas del Abbasieh en el Cairo; grabado. — El emperador y la emperatriz

de Méjico en Roma; grabados. — Revista de Paris. — Necrología. — Camino de la aldea. — Salon de la conferencia de Lóndres en el Foreign-Office; grabado. — La cruz del valle. — Exposicion de 1864; grabados. — La gran festividad del Corpus Christi; grabado. — Aureliano. — La Madonna del Passeggio; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Revista española.

Galas de la primavera. — Proyectos veraniegos. — Los Campos Eliseos. — Baños. — Montaña rusa. — Plaza de toros. — Novedades teatrales. — Mal año para la música. — Un banquero. — La Abuela. — Banquete patriótico. — Costumbres



Recepcion hecha en Brest á las tropas francesas de regreso de Méjico.

J. DILDRAU

contemporáneas. — Un jarrón de plata. — El peor de los vicios.

Madrid muestra su erguida frente, engalanada por el gérmen regenerador de la naturaleza, y sacude su cabelleira de flores.

El sitio del Buen Retiro ostenta hermosos árboles ceñidos de sus verdes coronas; los ruiseñores han cantado con el arpa de la soledad, las mariposas han brotado de las azucenas y vuelan por los aires como hojas de flores, y la luna ha mostrado su risueño semblante entre las vaporosas nieblas del crepúsculo de la noche.

El mes de abril ha sido fecundo en acontecimientos; daré pues cuenta a mis lectores de los mas notables, obedeciendo a las leyes que me impone mi deber de cronista.

La construcción de los trabajos de los Campos Eliseos es en la actualidad el asunto de todas las conversaciones.

En las templadas tardes de la última semana parecia una romería la multitud de gente que se veía por las afueras de la puerta de Alcalá.

Una sucinta idea bastará para dar a conocer cuanto encierran de notable los Campos Eliseos, que están llamados a formar las delicias de los desocupados madrileños.

La posesión es espaciosa. Comprende varios jardines, unos trazados caprichosamente, otros con mas regularidad de la que suelen tener estos parajes de recreo.

Lo que mas llama la atención es el teatro. La sala de este es anchurosa, pero su forma no la mas conveniente para el objeto a que se destina, sin que pueda explicarme qué objeto se ha propuesto la empresa al construirla rectangular.

Consta de cuatro pisos.

En el bajo y los dos siguientes hay un gran número de palcos.

El ante-palco, que puede estar ocupado cómodamente por cinco ó seis personas, sale fuera del muro.

El techo, aunque con sencillez, está pintado con mucho gusto.

El palco escénico no corresponde en extensión a la sala y a la capacidad del teatro.

En vez de una en el centro, tiene cuatro lucernas de buen gusto, colocadas cerca de los ángulos.

En la parte inferior de estos hay bustos de hombres célebres, lo mismo que en las explanadas del piso principal, que da al jardín.

Sobre el telón de boca, y completamente fuera, se lee el nombre de *Rossini*, puesto con permiso del famoso maestro.

Esto indica que el objeto principal de los empresarios es dedicarle a la ópera italiana.

Veremos cómo salen en el primer ensayo, bastante peligroso en mi concepto.

Sabido es que en Madrid sucede lo contrario en el verano que en París y Londres. En vez de acudir viajeros, se va todo el que puede. ¿Cómo un teatro, por precisión caro, ha de sostenerse con público, que salvas cortas excepciones, no se marcha a pasar el verano fuera por no poder gastar?

Este es el problema que veremos resuelto en la estación próxima por la empresa de los Campos Eliseos.

Inmediata al teatro está la fonda.

Un poco mas arriba se encuentra una explanada, a la cual se sube por dos escalinatas. Conduce al establecimiento de baños.

A la entrada hay un salón de descanso con el techo pintado a la aguada.

Mas adelante se encuentra un salón circular, con palcos en la circunferencia, que servirá para baile.

Lo que ha de llamarse montaña rusa, está formado por el declive de un gran tambor ó cilindro hueco, cortado irregular y oblicuamente, y formado de mampostería y maderos.

En el centro se construye la plaza de toros.

Espaciosa para las corridas a que se destina, y en mi modo de entender acaso la localidad mas productiva de cuantas encierran los Campos Eliseos.

Hay una ría ó canal, estrecha por cierto, con embarcadero y puente rústico, la que será surcada por una bonita góndola movida por el vapor.

Hay también una plazoleta donde están colocados ya los columpios, que se conocen con el nombre del *Tío Vivo*; otro departamento murado, simulando una fortificación con castilletes por la parte exterior, donde se colocará el tiro de armas, é inmediato a él un salón destinado a servir de gimnasio.

Por último, una faisana, casa de vacas, y la de la administración.

Segun lo adelantados que están los trabajos, puede asegurarse que si la empresa quiere, y el tiempo la ayuda, el día 1º de junio podrán abrirse al público, sin dificultad, los jardines y el teatro, si el maestro Barbieri, comisionado en París, consigue completar la compañía.

Mientras que esto sucede, sin salir de los teatros daré algunas noticias referentes a ellos, y contaré a mis amables lectores el argumento de las dos únicas obras notables que se han puesto en escena en todo el mes.

Las noticias son que el gobierno se ha decidido por fin a construir para la literatura dramática un monumento digno de su gloria, que la temporada de ópera italiana ha concluido como empezó y ha continuado; es decir, de un modo lamentable; y por último, que desde primeros del mes próximo abrirán sus puertas los circos ecuestres y gimnásticos, campo donde el cronista cosecha siempre buena porción de aventuras y anécdotas.

Vamos ahora a las dos nuevas producciones teatrales.

La comedia *Un banquero* es un profundo estudio de un carácter, es el retrato de una de las figuras mas notables de nuestra época, de uno de los personajes mas interesantes de la comedia social contemporánea.

Este carácter habia sido bosquejado, la caricatura se habia encargado de darnos una idea de él; pero nadie se habia atrevido a pintarle con los colores de la realidad, nadie habia diseccionado su corazón, nadie habia penetrado en los abismos de su alma ni habia osado emprender la difícil tarea de modelar, sin mas auxilio que la imaginación, la obra maestra que en sus evoluciones y como efecto de sus costumbres, ha formado a su imagen y semejanza la sociedad del siglo XIX.

Era precisa la observación finisima de un escritor como Feullet, hábil filósofo que no desprecia los detalles, que los recoge cuidadosamente, que los medita con la serenidad del anatomista, que los reune y compone con ellos un conjunto completo; de un poeta como el autor de *Redención*, que sabe dar a un sencillo ramo de violetas todo el interés, toda la agitación de un poema; que sabe embellecer la verdad sin desfigurarla; y el retrato que nos presenta, difícil en extremo para cualquier otro, trazado por su pincel ha resultado una obra maestra. Brilla en el cuadro con una verdad, con un relieve, con un color tan maravilloso, que por si solo bastaría para poner en evidencia las inspiradas dotes de su creador.

Pero si es magistral la figura, si todo en ella revela ese profundo estudio del natural, ese empleo profundo del sentimiento de lo bello, esa observación atinada y minuciosa que constituyen las cualidades del pintor, los demás caracteres que sirven para desarrollar el principal, que chocan con él, que le dilatan y le completan, son tan perfectos, están buscados con tanto acierto, que en mi opinión, son los mas acabados que he visto reunidos en la escena.

Observemos ahora cómo estos caracteres influyen en la acción de la comedia; veamos si la composición corresponde al valor de las figuras.

Peñalver, el protagonista, es un hombre de cuarenta a cincuenta años, tipo perfecto, como llevo dicho, del negociante en grande escala de nuestros días.

Hijo mimado de la fortuna, sabe hacer los honores a su protectora, y vive en la opulencia, con una distinción que mas revela al aristócrata de sangre azul, que al millonario *parvenu*. Acompañante a disfrutar de sus pingües riquezas, Enriqueta, su esposa a los ojos del mundo, su querida en realidad, y los dos hijos que de ella tiene, Ricardo y Cecilia, tipo el primero del joven calavera, jugador, enamorado, holgazán y vicioso, y tipo la segunda de amor filial, de ingenuidad, de bondad de carácter, de angelical belleza.

Además vive a su lado su cajero, hombre honrado si los hay, que el Peñalver conserva y ofrece a sus clientes y al público como una garantía de la honradez que preside a las operaciones financieras de su casa.

Cuando la acción empieza, dos, mejor dicho, tres, son las pretensiones del banquero: representar en el Congreso el distrito de Illescas; destruir una calumnia, así lo dice al menos, protegiendo al hijo de su antiguo socio el señor Vidal, que buscó en el suicidio un consuelo a su desesperación después de una ruidosa quiebra que todos atribuyen a Peñalver; y por último, conseguir la amistad íntima de una marquesa brasileña, que es la heroína a la moda en los salones de Madrid.

No son negocios estos en donde pueda dar a conocer su habilidad bursátil un banquero; pero el hombre de mundo tiene ocasión de poner en relieve su delicado tacto, su habilidad social, y Feullet no se ha propuesto escribir *la Escuela de los banqueros*, sino mostrarnos hasta dónde puede llegar el egoísmo encarnado y llevado a la perfección en un hombre de negocios.

Enriqueta, que visita a los pobres cumpliendo con los deberes que le impone su calidad de hermana de una asociación de beneficencia, ha hallado en la mayor miseria a un antiguo amigo de su marido, al bueno de Chinchilla, filósofo de sotabanco, como diría Souvestre, hoy que se han suprimido las guardillas, verdadero Don Quijote de nuestra época, lleno de sentimientos generosos, filántropo por temperamento, soldado de la causa de la humanidad, que ha empleado veinte y cinco años de su vida en el bien de su prójimo, y que ha olvidado lo esencial: proporcionarse los recursos para vivir con algun desahogo con su mujer y sus cuatro hijos.

Enriqueta pinta a su esposo la triste situación de su camarada, este recuerda las condiciones de su amigo, y con su natural perspicacia, comprende que es el hombre que necesita para salir airoso en su deseo de sentarse en los bancos del Congreso.

— Chinchilla, se dice, es el mejor programa que puedo ofrecer a mis electores. El les hablará de libertad y de orden, él abogará por el débil contra el fuerte, él conseguirá el triunfo.

Puede utilizarle, y accediendo a los ruegos de Enriqueta, le abre su casa, le tiene la mano, le tutea, le da de almorzar, le nombra administrador de una finca que posee en el distrito, y le asegura cuarenta mil reales de sueldo. Chinchilla cree que sueña, la escena es admirable, no se puede describir, seria necesario reproducirla con todos sus detalles, es necesario verla.

Toca su turno al hijo de su socio, a Fernando Vidal, un joven abogado. ¿Qué mas puede hacer para disipar las habillitas que encargarle sus pleitos y ofrecerle una posición desahogada? Vidal escucha sus elogios, sus ofrecimientos, los acepta; y mas tarde, cuando reconoce en la hija del banquero una joven que ha visto en otra

parte, una joven a quien ama en secreto, hasta se decide a habitar en el cuarto entresuelo de la casa de su cliente, aceptando la proposición que este le hace.

Peñalver consigue su objeto, ó por lo menos plantea sus negocios con una habilidad, con una maestría, con una espontaneidad, que dan una idea exacta de su especial talento; se comprende que haya hecho fortuna; es el talento social con todos sus atributos; su audacia y su doble vista lo dominan todo.

Sin embargo, este hombre de tanta distinción, de tanta habilidad, sacrifica a un capricho la tranquilidad de su hogar, que es, por decirlo así, la mayor garantía de sus clientes.

El, que logra disipar las dificultades que su elección ofrece, convenciendo a Chinchilla, para que este a su vez convenga a los electores, de que es una calumnia lo que de él se murmura; él, que con una sangre fría, ó mejor dicho, con una impudencia inconcebible, sabe por su cajero que el secreto de su fortuna está en poder del hijo de su víctima, de Fernando Vidal, y sin inmutarse salva el peligro, por lo menos entonces; él, repito, que por nada se altera, que todo lo domina, se irrita fuertemente ante las pretensiones de Enriqueta, que no quiere que habite en la misma casa, como desea Peñalver, la marquesa brasileña que le cautiva; y de acriminación en acriminación, llegan las cosas al extremo de acordar entrambos, si no un divorcio, porque esto es imposible, por lo menos una separación. Peñalver no cede, y esta actitud incomprensible, absurda, da sin embargo origen a una escena terrible, pero bella, porque Feullet sabe con los toques de su pincel dar un rayo de hermosa luz a las escenas mas sombrías.

El banquero llama a sus hijos, les anuncia la separación que proyectan, y les obliga a decidir con cual de los dos quieren quedarse. Esta elección entre el padre y la madre da lugar a una situación interesantísima; la duda de los hijos, la ansiedad de la madre, todo aquello es conmovedor.

Cecilia corre a echarse en los brazos de su madre, Ricardo se despidió de ella, y se acerca al banquero. Madre é hija se alejan, quedan solos Peñalver y su hijo, y aquel, en vez de entusiasmarse con la preferencia de que por parte de este ha sido objeto, se vuelve contra él y exclama:

— ¿Porqué no ha seguido Vd. a su madre? ¿Es porque el lujo y la fortuna están conmigo, y con ella la pobreza? ¡Ah! es Vd. un cobarde.

Este movimiento del alma del banquero, este desahogo de su conciencia oprimida, esta explosión de mal humor que su conducta produce en él, es un rasgo magnífico.

El joven recoge el ultraje, culpa a su padre de los sentimientos que condena en él, desprecia la fortuna que le ofrece, y se aleja diciendo que va a dar un abrazo a su madre y a sentar plaza de soldado.

Desde este instante cesa la exposición, que a pesar de su minucioso y extenso desarrollo, es admirable y completa, y la acción, la verdadera acción, empieza si no destruyendo, debilitando y empujando el carácter de Peñalver.

Separado de su mujer y de su hija, se apresta a recibir a la marquesa, la espera con ansia, llaman, cree que es ella, pero el criado le entrega un objeto envuelto en un papel que acaba de dejar para él una joven; es un ramo de violetas; es el ramo de violetas que su hija le envía para no perder la costumbre. En aquel momento llega la marquesa, la amante deseada, pero el sentimiento paternal domina al vanidoso capricho, el ramo de violetas de la hija vela por el honor de la madre. Peñalver no recibe a la marquesa: no volverá a verla jamás.

Chinchilla llega a anunciarle que ha sido proclamado diputado, su alegría es inmensa, pero no tarda en trocarse en un cruel remordimiento, porque descubre las maldades de su amigo, descubre que la quiebra de Vidal fué obra suya, que ha arrojado de su casa a su mujer y su hija.

Peñalver irritado, acosado por el joven y por Chinchilla, se enfurece, y acepta el duelo que le provoca Vidal. Así concluye el acto tercero: el hombre de negocios criminal se ensoberbece contra la justicia, el padre olvida sus sentimientos, el escéptico blasfema.

El desenlace es rápido: Peñalver hiere gravemente a Vidal, llega a su casa y halla a Cecilia. Al verla olvida sus últimas impresiones, su corazón de padre se enternece, la pobre niña le ruega con su adorable ingenuidad que vaya a ver a su madre, que ponga fin a los disgustos que los separan; también le pide por Vidal, a quien ama con toda su alma, pero en el momento en que el banquero cede se oye ruido en la calle; traen un herido al cuarto entresuelo; es Vidal: Cecilia corre a la ventana, le reconoce, su padre aterrorizado se acerca a ella... Cecilia huye de su lado, un movimiento de repulsión le obliga a apartar de él sus ojos y cae desmayada. El castigo es terrible; el escéptico empieza a creer, pero tarde.

Todo se arregla sin embargo, y este arreglo es en mi concepto lo mas débil de la obra. Peñalver realiza su fortuna y la emplea en devolver el honor al nombre de su víctima, en reparar su falta; abandonado de todo el mundo y de si propio, corre a buscar la muerte en la campaña de Africa, y allí consigue salvar la vida de su hijo. Vidal se cura de su herida, y todos los personajes se reúnen en un momento dado para asistir al arrepentimiento del culpable. La madre vuelve a abrazar a su bizarro hijo. Cecilia realiza los venturosos sueños de amor. Peñalver obtiene el perdón de todos, y ofrece el anillo nupcial a la madre de sus hijos.

Tal es la accion de la comedia, rica en detalles y caracteres, admirable y original en situaciones, pobre en las consecuencias que deduce el filósofo de las premisas de su pensamiento.

La segunda produccion estrenada en los últimos dias se titula *la Abuela*, y su argumento merece tambien la pena de ser contado con alguna minuciosidad.

La Abuela es uno de esos dramas, ó mejor dicho, melodramas de la antigua escuela, edificados sobre el absurdo, que en otro tiempo causaban gran efecto, que ofreciendo el atractivo de la novedad, respondian á una necesidad del momento, pero que en nuestra época solo viven á expensas de los efectos de la luz eléctrica ó de la adelantada pintura escenográfica, sirviendo de pretexto para que el quimico ó el pintor escenógrafo pongan en evidencia su talento y alcancen los laureles que les cede el poeta.

Ha llegado á tal decadencia la literatura dramática en el vecino imperio, que por lo general la inspiracion parte del maquinista ó del pintor.

En Francia ha hecho furor este drama, como suele decirse en términos teatrales; pero el público que asiste al teatro en Paris se compone en su mayor parte de extranjeros ó de parisienses tan experimentados, que ante la novedad lo sacrifican todo.

El drama tenia además otro aliciente: su idea principal, su asunto, descartado de ciertos detalles, debía interesar, porque puede decirse que es una tradicion del pueblo parisiense. Todavía hay en Paris una familia distinguida, en cuya casa tuvo lugar el horroroso drama que se ha reproducido en el teatro, y que Dumas contó, desfigurándolo, en su popularísima novela *el Conde de Monte-Cristo*.

Pero digamos algo para dar una idea de su accion. En un *chateau* ó casa solariega, viven una marquesa anciana, que es la *abuela*, su nieta Elena, fruto del primer matrimonio de un duque cuyo nombre no recuerdo, con la hija de la anciana; en su compañía vive tambien la nueva duquesa, algo olvidada de su esposo, que pasa la mayor parte del año en la corte, y siendo el blanco del odio de la marquesa, que la ve con dolor ocupar en el corazon de su yerno el lugar que ocupaba su malograda hija.

De este segundo matrimonio tiene el duque otra hija llamada Blanca, que al empezar la accion regresa del convento, en donde ha visto trascurrir los primeros años de su vida.

Esta pobre criatura, á quien sus padres, por cesion espontánea de Elena, confieren el título honorífico con que ha obsequiado el rey al duque para que lo ofrezca á una de sus dos hijas, es la víctima del rencor de la anciana, y desde el momento en que aparece hasta el final de la obra, sufre las consecuencias del aborrecimiento que la envidia, el orgullo y la pasion que al mismo tiempo profesa á Elena, engendran en el despiadado corazon de la marquesa.

Entre tanto su hermana, que es un ángel, no solo cede honores y riquezas á la joven, le daría su vida, porque la quiere con toda su alma.

Pero Blanca empieza á enfermarse, su rostro palidece y sus fuerzas se debilitan, la muerte la persigue como una sombra, se aparece en sus sueños, y la hermosa joven ve extinguirse su vida cuando todo le sonríe, cuando sus padres la adoran, cuando aprueban su union con el hombre que ella ha elegido, cuando el rey la colma de honores, cuando su hermana Elena se recrea en su felicidad, y desearía aumentarla á costa de la suya propia.

Al verla en este estado, comprenden que se atenta á su vida con un veneno lento, y todos los que la aman se consagran á descubrir la mano homicida que siembra el llanto y la desolacion en torno suyo.

El duque, absurda y despiadadamente, sospecha de su esposa, de la madre de su hija, ¡como si esto fuera posible! á pesar del recurso de las *memorias* que sorprende, y que le revelan algunos pensamientos amorosos que ha inspirado á la duquesa el futuro de Blanca, cuando ignoraba los lazos que le unian con su hija.

El comendador, un personaje simpático en extremo, y pariente del duque, sospecha de unos sirvientes que imitan á su ama la marquesa en el odio que siente hacia Blanca, porque adoran á Elena; pero se convence de que estos pobres diablos no aspiran á matarla mas que con sus fanáticos y estériles conjuros.

Blanca se acuesta desfallecida sobre un sofá, su hermana la acompaña.

Como la noche está serena, abre el balcon y penetra la misteriosa y apacible luz de la luna, reflejando sobre el macilento rostro de la joven.

La situacion es en extremo interesante, el cuadro de una admirable belleza; y en honor á la verdad, debo decir que produce un gran efecto, porque el teatro queda á oscuras, y lo que pasa en la escena se distingue á favor de la suave claridad de la luna.

Blanca, como he indicado, permanece acostada sobre un sofá; Elena se arrodilla delante de un crucifijo y pide á Dios que se conduela de su hermana; todo está en silencio, hasta parece que se escucha el murmullo cadencioso de una fuente lejana escondida entre los árboles del jardín, hasta parece que se siente el soplo de la brisa perfumada. De pronto se abre una puerta, y la marquesa que todos creen paralítica, la anciana á quien el odio que alimenta da un aspecto terrible y repugnante, se acerca de puntillas á la joven, observa sus facciones demacradas, una cruel sonrisa asoma á sus labios, y creyéndose sola, hecha en un vaso el veneno que ha de acabar su obra.

En este instante se vuelve Elena; la sorprende en el

acto de arrojar el veneno, y se queda como petrificada. No puede articular una palabra ni hacer un movimiento, su emocion es inmensa; toda la sangre ha refluído á su corazon; un segundo mas, y la ahogará la angustia.

La vieja desaparece; pero la Providencia ha descubierto su infamia. Entonces es cuando empieza á interesar la accion, entonces es cuando se levanta y deja ver reflejos de inspiracion en sus expositores.

Elena adora á Blanca, y profesa un acendrado afecto á su abuela: ¿cómo salvar á la primera sin descubrir á la segunda? En su inexperiencia, y dominada por la febril exaltacion que la ha dejado su providencial descubrimiento, aconseja á su hermana que huya de la casa; este consejo hace creer que sabe quien atenta contra la vida de la joven, procuran que revele la verdad, acuden á los ruegos, á las amenazas, ¡todo es inútil! ¡Sacrificio sublime! que la artista Hijosa interpreta de una manera admirable.

En el último acto se halla en presencia de su abuela: el temor, el cariño, el dolor, combaten en su alma. La anciana le horroriza, el recuerdo de su cariño le inspira compasion, la idea de que comete el crimen creyendo hacerla un bien, despierta su gratitud: es una situacion de gran efecto, es una de las mayores dificultades del arte.

Hay un momento en que su ansiedad no tiene límites: ve el vaso que contiene el veneno, ve á su abuela procurando consumir su obra, ve que Blanca se apodera del vaso para saciar su sed, y en aquel inminente peligro, despues de haber luchado terriblemente, no puede contenerse, arranca el vaso de su hermana. «No lo bebas,» le dice, y al mismo tiempo lo acerca á sus labios y lo apura, castigando á la anciana en la que adora, atentando á su vida en un momento de excitacion febril, de delirio.

Entonces se descubre la horrible verdad, y la anciana parece víctima de la convulsion que experimenta; pero el espectador se separa de Elena con la certeza de que vivirá.

Todas estas escenas, que son horrorosas, que si no descansasen sobre el absurdo ofrecerian la belleza de lo terrible; todas estas escenas, repito, constituyen el drama.

Los preparativos para un famoso almuerzo que han hecho los progresistas españoles, ha tenido preocupadas innumerables gentes durante el mes que acaba hoy.

En mi próxima revista hablaré á mis lectores de esta fiesta patriótica; por hoy, y como una muestra de las costumbres actuales de nuestro pueblo, voy á reproducir las siguientes líneas del distinguido escritor Carlos de Pravia, que merecen ser conocidas por la fina sátira que encierran.

«En los tiempos de Mari-Castaña, un don Cualquiera fundaba, por ejemplo, un hospital, y se permitía colocar sobre la puerta el correspondiente letrero con su nombre y apellido, y su cargo de capellan de los galeones de la plata, corregidor de capa y espada, ó alcalde de casa y corte, etc., etc., lo cual equivalía á pedir públicamente un voto de gracias por bienhechor de la humanidad. Hoy hacemos el bien sin que lo sepan las piedras: la duquesita de ojos mas provocativos abre una suscripcion, y compromete al lucero del alba á contribuir con la cantidad que ha fijado de antemano. El magnate, el banquero, el propietario y el mendigo de *buenas sociedades*, entregan uno tras otro la misma suma, quien pensando en el bonito pié de la duquesa, quien echando venablos por la boca, á causa de haber tenido que acudir á un usurero para salvar la negra honrilla. Poco importa hacer el bien de mala gana, con tal de hacerlo en comandita, como los ferro-carriles, único medio de que no se sepa quien lo hizo.

Otras veces las preocupaciones políticas sirven de escuela á la caridad. No se daría un ochavo al pobre, pero se da un duro al oficial carlista que vuelve de la emigracion, al deportado á Filipinas, ó al compañero de Garibaldi en Marsala. En estos casos tampoco obra el individuo, obra la *comunion política*, y la mano que dispensa el beneficio queda envuelta en las tinieblas de la colectividad.

No falta, sin embargo, quien proteja á los desvalidos á son de campana. Todo Madrid señala con el dedo á un prócer que ha gastado una buena parte de su caudal en proporcionar comodidades á costureras y bailarinas desgraciadas. Creo que en el próximo concurso obtendrá uno de los premios destinados á la virtud.

¿Qué es eso de concurso y de premios? ¡Frierola! á semejanza de los franceses, hemos comprendido que la mejor manera de excitar á la práctica de la virtud, es pagarla en moneda contante y sonante.

Ahora es una ganga el ser virtuoso, porque vale, además de la gloria eterna, un buen dinero. Mi criada me preguntó la otra noche, si tendría opcion al premio, por no haberme robado los cubiertos que maneja, segun le proponia su novio, doctor *in utroque* por la universidad de Torrelaguna. Yo prometí á la pobre chica poner en juego todas mis relaciones hasta alcanzarla el diploma de virtuosa, á lo cual replicó la muy ladina: «Favor para mí, justicia para quien la quiera.» Antes de mucho los virtuosos tendrán que pagar contribucion como los otros industriales, pues hay hombre que encuentra miles de duros en billetes de banco, apenas el compadre que va delante deja caer la cartera, y luego hace cantar á los periódicos este rasgo de abnegacion.»

No terminaré mi revista sin anunciar á mis lectores que el patriarca del partido progresista, el popular orador señor Olózaga, ha recibido de sus correligionarios un magnífico regalo, un jarron de plata y oro cincela-

do, cuya descripcion detallada merece ser leída, tanto por lo alegórico de su objeto, como para comprender y admirar la belleza de la joya.

El pensamiento de esta preciosa obra de arte es el siguiente:

Forman el pié tres monstruos con el medio cuerpo superior de forma humana y el resto de serpiente, y tres cabezas oprimidas y con expresion de queja, arrojando por la boca cadenas que atan los brazos de los monstruos, representando el Despotismo, sujeto y humillado por tres genios que pisan á aquellas figuras, hiriéndolas á la vez con sus flechas, y representando los genios de la Libertad.

En el centro se eleva un mudete con tres cartelas en forma de tablas de la Ley, y en ellas, con letra de esmalte negro, se leen las siguientes inscripciones: *Constitucion de 1812: Constitucion de 1837: Ley de relaciones entre los Cuerpos Colegisladores.*

Sobre este mudete descansa el cuerpo principal del jarron, y en su centro, y en primer término, aparecen dos grandes cartelas adornadas con centros de oro y esmalte en azul. En la primera, ó sea en el anverso, están escritos en letras de oro los párrafos de la conclusion de un famoso discurso del señor Olózaga.

En la segunda, ó sea en el reverso, se lee esta dedicatoria, tambien en letras de oro:

«Al eminente orador del Parlamento español, don Sallustiano de Olózaga, por sus discursos en las sesiones de 11 y 12 de diciembre de 1861, el partido progresista.»

A los lados de la cartela del anverso, sentadas en la parte superior sobre el arranque del cuello del jarron, están colocadas dos figuras que representan la Historia y el Tiempo: la primera ofrece á la segunda una corona de laurel de oro, y al aceptarla esta, queda colocada en disposicion de coronar los párrafos del discurso. El conjunto de esta alegoria tiene la siguiente significacion: «La Historia encomienda al Tiempo, ó sea á la Posteridad, la gloria del programa liberal consignado en el discurso. Sobre la cartela del reverso, y en igual posicion que las del anverso, están colocadas otras dos figuras: la Legislacion y la Posteridad, y entre ambas cartelas, y en el centro del cuerpo del jarron, dos figuras mas, que representan la Taquigrafía y la Imprenta.

Debajo de estas cartelas, ó sea en la parte inferior del cuerpo del jarron, hay cuatro tarjetones con bajo-relieves que representan á Olózaga: el primero haciendo una defensa en el foro; el segundo en el momento de fugarse de la cárcel donde se hallaba el año 31, en visperas de entregar su cabeza al verdugo; el tercero al frente de los diputados armados para defender la libertad, gravemente amenazada por las huestes mandadas por Don Carlos el año 37; el cuarto pronunciando un discurso en el salon del Congreso.

Cuatro vichas con cuerpos de angeles son los tenantes de los cuatro bajo-relieves, contribuyendo á romper las líneas del contorno, cuyo objeto tienen tambien dos asas colocadas en la parte superior del cuerpo principal y entre los dos grupos de figuras que coronan las cartelas.

El cuello va tambien entretenido con adornos del renacimiento, y el corte superior forma picos ó vertientes.

Pongo aquí fin á mi tarea de hoy refiriendo una preciosa y moral anécdota de Fernan Caballero, tomada de una de sus últimas obras.

Un padre tenia tres hijas, y á cada una de ellas habia dotado de una gran cantidad de dinero cuando tomaron estado.

—Hace tiempo que no vengo á verte, dijo á la mayor, ¿qué tal te va con tu esposo?

—¡Ay, padre! exclamó la joven suspirando. Desde que me he casado no he tenido una hora de paz ni de sosiego. Mi marido derrocha todo el dinero en vino y borracheras.

—No importa, hija; cuando se le acabe el dinero no podrá gastar, no se embriagará, ganará el pan con el sudor de su rostro, y serás feliz.

—¡Ay, padre! dijo la otra hija; mi marido gasta cuanto tenemos en placeres y en mantener queridas.

—Anda, déjalo; que cuando se vea sin un maravedí, trabajará para ganar, y serás dichosa.

—Mi marido es el hombre mas avariento del mundo, dijo la última hija; guarda sus tesoros, y paso la vida como una esclava.

—¡Hija de mi corazon! exclamó el padre llorando; que no veo remedio ni fin á tus males.

La moral de esta anécdota es sublime.

JULIO NOMBELA.

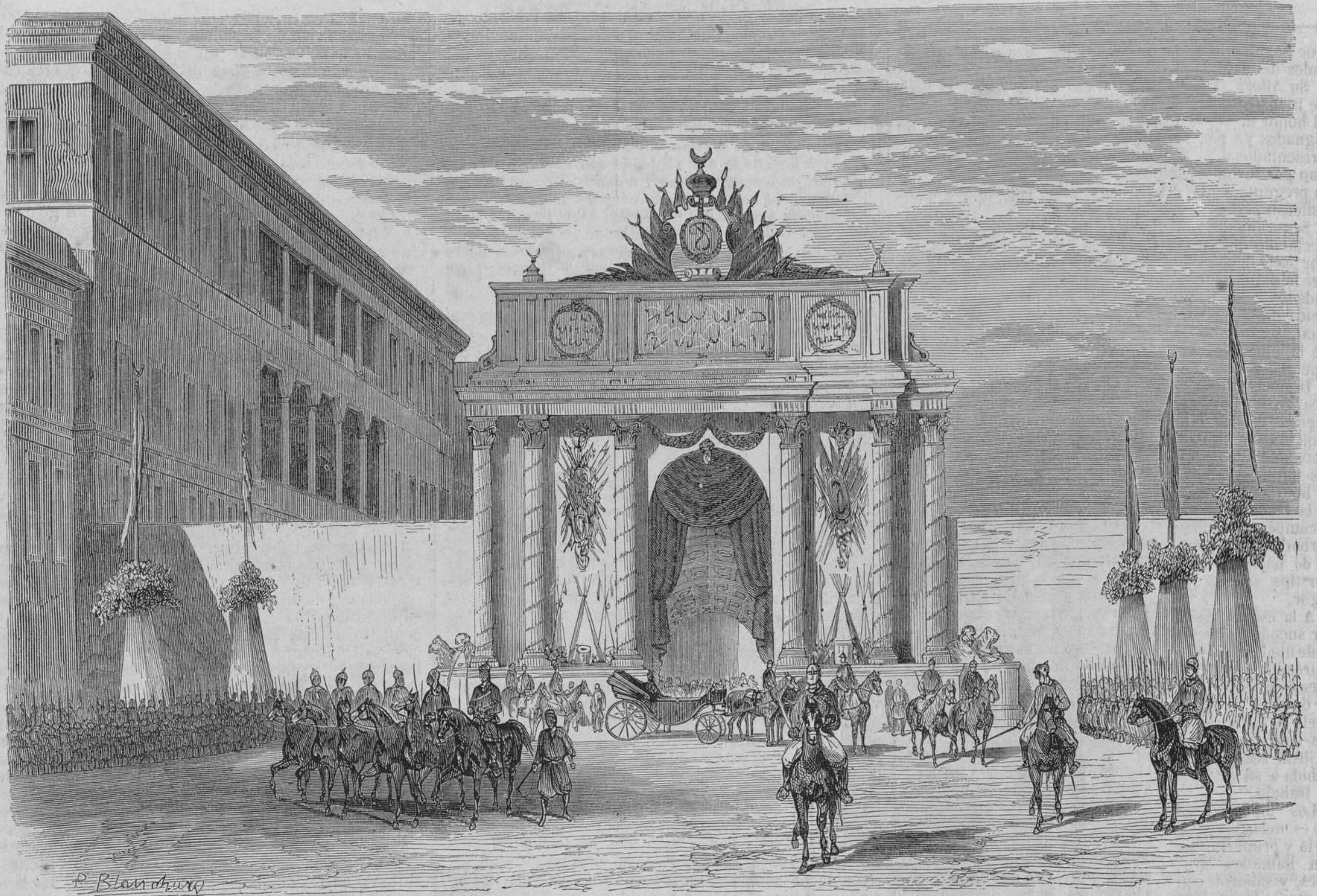
Madrid 30 de abril de 1864.

Distribucion de premios

EN LAS ESCUELAS DEL ABBASIEH, EN EL CAIRO.

El 25 de marzo ha tenido lugar en el Cairo la primera distribucion de premios en las escuelas del Abbasieh, bajo la presidencia de su fundador, S. A. el virey de Egipto. Esta distribucion solemne tuvo efecto en el gran salon del Abbasieh, en presencia de todos los altos funcionarios y del cuerpo consular.

Habiase levantado en la entrada del segundo patio un arco de triunfo de un estilo elegante ejecutado en lienzo por M. Chopin, profesor de dibujo de la escuela militar; y los alumnos de las tres escuelas reunidas,



Distribucion de premios en las escuelas del Abbasieh en el Cairo : llegada de S. A. el virey.



Llegada á Roma de SS. MM. el emperador y la emperatriz de Méjico.

que llegaban al número de dos mil, ocupaban los tres lados del patio.

Su Alteza el virey se presentó á las dos en el salon de la distribucion de premios. La escuela militar tuvo el honor de ser la primera. Algunos de los alumnos designados ya por los sufragios de los examinadores, y presentados á S. A. por el director de la escuela, sacaban por turno de una urna llena de bolas el número de la pregunta á que debian responder. Por punto general salieron perfectamente de la prueba.

Seguramente habia materia para reflexionar en el espectáculo que ofrecian aquellos hijos de fellahs, la mayor parte de ellos acabados de libertar de una servidumbre hereditaria, convidados á los beneficios de la instruccion, y gozando ya de la emancipacion que ella procura.

Después de algunos exámenes comenzó la distribucion: el virey entregaba los premios á los alumnos, que esta honra inesperada y la emocion de la recompensa solian turbar hasta el punto de hacerles olvidar los saludos de rigor.

A la escuela militar sucedió la escuela de medicina. Once laureados llamados sucesivamente por el director de la escuela S. E. Burguieres-bey, recibieron la justa recompensa debida á su celo y á su trabajo.

Los alumnos de las escuelas preparatoria y primaria fueron llamados después, y salieron con no menos lucimiento en los exámenes; todos ellos honran sobremanera á sus profesores y á la inteligente direccion de sus administradores, MM. Alí-bey y Ismail-bey.

Esta interesante ceremonia, en la que se repartieron unos cien premios, se prolongó hasta las cinco de la tarde, y produjo la mejor impresion en los ánimos de todos los presentes.

En cuanto á Su Alteza el virey, nos lisonjamos de pensar que habra encontrado en la satisfaccion de estos primeros resultados, la mas dulce recompensa de los sacrificios que se ha impuesto hasta aqui, y una esperanza de las mas legítimas para el porvenir. La ilustrada proteccion que no ha cesado de conceder á la instruccion pública desde que se halla en el poder, será ciertamente uno de sus mas bellos títulos de gloria, y la prenda mejor que pueda dar á la civilizacion de la sinceridad de sus intenciones y de su solicitud por el pueblo cuyos destinos le tiene confiados la Providencia.

P. P.

El emperador y la emperatriz de Méjico en Roma.

De una correspondencia fechada en Roma el 20 de abril tomamos los siguientes párrafos relativos á la estancia que acaban de hacer en Roma el emperador y la emperatriz de Méjico.

« El emperador de Méjico, dice esta correspondencia,

ha llegado á Civitavecchia á bordo de la fragata austriaca *Bellina*, el lunes á las tres de la tarde, habiendo sido recibido y felicitado por monseñor Pacca, camarero del papa, y por el general conde de Montebello. A las seis ha llegado á la estacion de Roma, en donde le esperaba monseñor Borromeo, mayordomo del Padre Santo. A su llegada le han saludado con distintos aires las músicas de los regimientos franceses. Una multitud extraordinaria á pié y á caballo ocupaba la gran plaza de la Estacion y las calles por donde debia pasar la comitiva imperial. SS. MM. subieron al coche de gala del embajador de Austria y se dirigieron al palacio Marescotti, donde vive el señor Gutierrez de Estrada, presi-

tres cuartos de hora; en seguida la emperatriz fué acompañada á los museos del Vaticano, y el emperador después de visitar al cardenal Antonelli regresó al palacio Marescotti.

» Por la tarde SS. MM. visitaron en sus diversos palacios al rey Francisco II, á la reina viuda y al conde de Trápani. A las siete dieron un banquete á los cardenales palatinos, á los cardenales que han tenido relaciones con la corte de Viena, á varios individuos de la diplomacia y á algunos prelados.

» Después de esta comida SS. MM. recibieron en audiencia al cuerpo diplomático, al Sacro Colegio y á la nobleza romana. Las invitaciones se habian hecho por el señor Gutierrez de Estrada en nombre de S. M. I. En esta recepcion la emperatriz se distinguia por la riqueza de sus adornos. Después de ella las damas que se distinguian mas por sus diamantes eran la condesa Kleist-Less, esposa del ministro de Sajonia, y la princesa Ropigliosi.

» Esta mañana el emperador y la emperatriz han asistido al Vaticano á la misa que ha celebrado el Padre Santo, y han recibido de su mano la sagrada Comunión. Al medio dia el Padre Santo á su vez ha ido á visitarles en el palacio Marescotti, y á las cuatro y media Sus Majestades han salido para Civitavecchia, muy satisfechos de la acogida que han tenido en Roma.

D. DE B.

Revista de Paris.

En el número próximo daremos el retrato de Meyerbeer con la noticia crítico-histórica que tenemos ofrecida á nuestros lectores; pero entre tanto vamos á añadir algunos detalles á los publicados en nuestra revista anterior, sobre los últimos momentos del ilustre difunto y la solemne despedida que le ha hecho la Francia. Estas particularidades constituyen el principal interés de lo ocurrido en la semana.

Meyerbeer habia llegado á Paris en setiembre último, con la idea de preparar la representacion de la *Africana*. En todo el invierno no se notó la menor alteracion en la salud del ilustre compositor, que trabajaba continuamente en aquellos preparativos. Mas de una vez le hemos encontrado á la salida del teatro Italiano como ocultándose de la gente, segun su costumbre, con el sombrero calado hasta los ojos y abotonado hasta el cuello, delgado y un tanto encorvado, pero

sin que nada hiciera presentir en apariencia un fin tan próximo.

El viernes 22 de abril habia comido solitariamente en su casa, y al otro dia sintiéndose indispuerto, mandó á llamar á su médico ordinario el doctor Oterbourg, quien no observó ningun síntoma alarmante.

No obstante esta indisposicion, cuya gravedad se iba haciendo sensible por momentos, Meyerbeer seguia ocupándose de la *Africana*, y no hablaba mas que de su obra á las personas que le visitaban. Del sábado al domingo la obstruccion intestinal de que estaba atacado pareció ceder, pero fué á costa de las fuerzas generales. En la noche de este último dia se perdió toda esperanza, y en efecto, á las cinco y cuarenta minutos de la madrugada Meyerbeer exhaló el postrer suspiro.



Visita de SS. MM. el emperador y la emperatriz de Méjico á Su Santidad el Papa: llegada al patio del Vaticano.

dente de la comision mejicana. A las diez de la noche han ido á ver las ruinas del Coliseo, que se habian iluminado con fuegos de Bengala.

» Ayer á las siete de la mañana el emperador y la emperatriz se dirigieron á la basilica de San Pedro, donde quisieron oír misa en los subterráneos del Vaticano, en el mismo sepulcro del Principe de los apóstoles. A las once fueron recibidos en audiencia por el Padre Santo. Su cortejo estaba formado por seis coches pertenecientes á la embajada austriaca, y les acompañaban el señor Gutierrez de Estrada y el señor Aguilar, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Méjico cerca de la Santa Sede. La audiencia duró unos

Algunas horas despues, Rossini que acababa de saber en Passy la noticia de la enfermedad de su amigo, se presentaba en casa del maestro. El portero le dijo bruscamente:

— ¡Meyerbeer ha muerto!

Y esta fatal nueva dada así trastornó de tal modo á Rossini, que cayó en una silla y vertió abundantés lágrimas.

Una de las hijas del difunto bajó á recibirle, y Rossini la estrechó en sus brazos con efusion y sollozando amargamente.

Inmediatamente despues del fallecimiento lo registraron todo, para ver si el difunto no habia dejado algunas disposiciones, y hallaron un papel cerrado y con este sobre: « Se abrirá despues de mi muerte. » Este papel contenia un escrito en aleman de puño y letra de Meyerbeer, cuya traduccion es como sigue:

« Quiero que se observen estos puntos despues de mi muerte:

» Me dejarán tendido en mi cama con el rostro descubierto, tal como estaba antes de morir, durante cuatro días, y el quinto día practicarán incisiones en la arteria braquial, así como en el pié, y luego conducirán mi cuerpo á Berlin, donde quiero ser enterrado junto á mi muy amada madre. Si faltare puesto, suplico que me pongan al lado de mis dos queridos hijos, muertos á una edad poco avanzada.

» Si muriese lejos de los míos, deben observarse las mismas disposiciones, y dos hombres velarán mi cuerpo de día y de noche, á fin de observar si no doy alguna señal de vida.

» Si por efecto de las circunstancias debo ser trasportado á una casa de observacion (*Leichenhaus*), me pondrán como es costumbre, unas campanillitas en las manos y en los piés, á fin de que estén alerta los guardianes.

» Habiendo temido siempre que me entierren vivo, he querido impedir el volver á la vida mediante las disposiciones que preceden.

» Cúmplase la voluntad de Dios, y que su nombre sea santificado y bendecido en el cielo y en la tierra. Amen. »

Ninguna otra disposicion se encontró, pero se supo que Meyerbeer tiene su testamento en Berlin, donde se habrá abierto á esta hora, así como tambien que deja una fortuna enorme calculada en mas de cien mil pesos fuertes de renta anual.

Para hacer con toda la solemnidad posible las honras fúnebres que la Francia debia á Meyerbeer, se nombró una comision compuesta de los señores C. Doucet, Auber, baron Taylor, E. Monnais, J. Kastner, de Saint-Georges, E. Perrin, Fiorentino, J. Beer, y L. Brandus.

El viernes 6 de mayo el cortejo fúnebre escoltado por un concurso de gente tan inmenso como si se hubiese tratado de uno de los poderosos de la tierra, se puso en marcha hácia el ferrocarril del Norte, en el órden siguiente:

Un peloton del tercer batallon de la guardia nacional, con los gastadores, los tambores y la música; — las músicas del 1.º de granaderos y de la gendarmería de la guardia imperial; — el carro con tiro de seis caballos.

Llevaban las cintas del féretro el conde de Goltz, embajador de Prusia, el conde Bacciochi, superintendente de los teatros; M. de Gisors y M. Beulé, en representacion del Instituto; M. de Saint-Georges y baron Taylor, en representacion de la Sociedad de autores y compositores dramáticos y de la de los Artistas músicos, y M. Auber y E. Perrin, que representaban el Conservatorio y la Opera.

Detrás del carro iban los miembros de la familia, las diputaciones oficiales, la seccion de bellas artes del Instituto, las diputaciones de los teatros líricos, del Conservatorio y de la sociedad coral *Teutonia*.

Nos es imposible citar las ilustraciones que se vieron, ya en la casa mortuoria, ya en la comitiva; todo lo mas notable de Paris se hallaba en esta ceremonia.

El cortejo siguió la avenida de los Campos Eliseos, la calle Royale, los boulevares, la calle Drouot y la calle Lafayette.

A la entrada del boulevard ocurrió un interesante episodio. Aquel día habia mercado de flores en la Magdalena, y un desconocido recorria los puestos y compraba sin regatear todos los ramilletes y todo cuanto podia servir para hacer ramos que amontonaba en la acera. Cuando apareció la fúnebre comitiva una inmensa lluvia de flores cayó delante de los caballos, y al punto las personas que conducian el duelo, secundando tan bella inspiracion, recogieron parte de las flores que arrojaron sobre el catafalco.

A pesar de la prisa que se dió para esconderse entre la muchedumbre el comprador de ramilletes, fué reconocido: es un americano poseedor de una gran fortuna, y ardiente partidario de la música de *Roberto* y de los *Hugonotes*.

A eso de las tres de la tarde el cortejo entraba en la estacion del ferrocarril del Norte, cuyas paredes estaban cubiertas con colgaduras fúnebres adornadas con la cifra del difunto y escudos en que se leian los títulos de sus óperas. Un órgano elevado sobre una tribuna dominaba el punto de partida. Finalmente, sobre la vía se alzaba un magnífico cenotafio rodeado de siete candelabros de plata, y detrás, á cierta distancia, se veia el wagon fúnebre cubierto de colgaduras negras que debia llevar el cadáver del ilustre maestro. Entre este wagon y el cenotafio se encontraba una tribuna destinada á los oradores.

Los coros de la Grande Opera y de la Opera Cómica y las bandas de música, hicieron oír sucesivamente un aire del *Perdon de Ploermel* y las marchas de *Roberto el Diabolo* y del *Profeta*. Luego pronunciaron discursos los señores Beulé, de Saint-Georges, el baron Taylor, C. Doucet, Perrin, E. Ollivier, Cerfbeer, miembro del consistorio israelita, y Ullman, gran rabino de Francia.

La ceremonia estaba terminada á las cuatro, y á las seis un tren especial llevaba lejos de Paris los despojos mortales del grande artista, que los señores C. Perrin, J. Beer y L. Brandus han escoltado hasta Berlin, donde fueron recibidos con gran pompa el lunes siguiente.

A esta hora el ilustre compositor se encontrará, segun su deseo, en el lugar del reposo al lado de su madre, habiendo dejado en el mundo un vacío inmenso.

El célebre proceso Armand acaba de recibir la solucion que todos esperaban. El tribunal supremo ha anulado el fallo del tribunal de Aix, en cuya virtud Armand, despues de haber sido

reconocido inocente por el jurado, debia pagar á su sirviente Roux la cantidad de veinte mil francos de daños y perjuicios. Sin embargo, no es esta aun la resolucion definitiva; ahora pasará el sumario ante un tribunal civil que debe fallar nuevamente.

La opinion pública estaba conmovida con la sentencia del tribunal de Aix, que habia venido á ofrecer un cebo poderoso á las exigencias de los criados. Justamente esta semana la policia correccional de Paris ha tenido que juzgar un hecho de violencia de que acusaba un cochero á su amo. El lance es curioso.

Este cochero, llamado Terrasson, se hallaba al servicio de M. Lherminier, fabricante de espejos, y despedido por este último, quiso hacerse la víctima, y pedia quinientos francos por los bofetones y puntapiés que suponía haber recibido.

— El 4 del mes último, dice, á eso de las ocho de la mañana, M. Lherminier me injurió y difamó, y como si esto no fuera bastante, me dió de golpes.

La queja no puede ser mas positiva; el cochero persiste en ella y apela á los testigos.

Interrogado por el presidente del tribunal, M. Lherminier responde:

— Todo lo que dice este hombre es completamente falso; entró en mi casa para cuidar el caballo y guiar el carruaje; pero al instante eché de ver que ni una ni otra cosa sabia; no solo ignoraba su oficio, sino que era el hombre mas inexacto en todo y por todo, contiguamente tenia que reñirle. Un día le envié á un recado, y no volvió hasta la mañana siguiente, diciendo que habia pasado la noche en un cuerpo de guardia por haber insultado á un agente municipal. Entonces me decidí á despedirle, y él, en vista de esto, se quejó á mi cocinera, dijo que mi casa era una barraca, y aconsejó á esta mujer que se fuera á otra parte. Sabedor de lo ocurrido, le reconvine, y luego le cogí por el brazo y le planté en la calle; Terrasson comenzó á gritar de tal manera que acudieron los vecinos, y se quejó de que le habia molido á golpes.

Esto mismo confiesan los testigos; todos le oyeron quejarse, pero ninguno presenció la accion de que acusaba á M. Lherminier. Lo que resulta claramente de los debates, es que el cochero andaba contando sus aventuras por todo el barrio, diciendo que habia sufrido golpes é injurias.

Terrasson ha sido condenado á pagar á M. Lherminier la suma de cincuenta francos á título de daños y perjuicios.

¿Aprovechará esta leccion á los malos criados? Solo el que ha vivido mucho tiempo en Paris, sabe lo difícil que es encontrar sirvientes que cumplan con las obligaciones que contraen. En cuanto á sus exigencias, cada día suben de punto de una manera escandalosa. En prueba de ello queremos citar este interesante diálogo.

Una camarera jóven, muy aseada y no mal parecida, se presenta en casa de la baronesa de X...

— ¿Necesita Vd. una sirvienta?

— Sí. ¿Sabe Vd. guisar bien? ¿Puede Vd. servir de doncella si hace falta?

— Seguramente. ¿Cuánto es el salario?

— Seiscientos francos.

— Me conviene. ¿A qué hora es preciso levantarse?

— A las siete en invierno, y á las seis en el verano.

— ¿Tendré un buen cuarto?

— No es malo; es bastante cómodo.

— ¿Hay alfombra delante de la cama?

— Ciertamente.

— ¿Tiene Vd. un hombre para limpiar las habitaciones?

— Tengo un criado.

— ¿Acostumbra Vd. á dar el café con leche todas las mañanas?

— Eso no se pregunta.

— ¿Tendré cada semana un día libre?

— No me opongo á ello.

— ¿Y me dará Vd. una muchacha para hacer los recados?

— ¿Porqué no?

— Entonces estamos corrientes; ¿cuándo podré venir?

— Mañana mismo.

— Pues bien, hasta mañana.

La jóven saluda y se marcha: pero la baronesa la detiene preguntándola:

— Dígame Vd. una cosa. ¿Sabe Vd. tocar el piano?

— No, señora.

— En ese caso, no me conviene Vd.; puede Vd. buscar en otra parte.

Ninguna novedad teatral tenemos que señalar esta semana. En los Italianos se dió el sábado último la funcion de despedida de la temporada, cuyos honores fueron para la señora Lagrange y el tenor Fraschini. El fin de la estacion ha sido brillante.

En la Grande Opera hemos tenido una funcion solemne dispuesta para honrar la memoria de Meyerbeer. Se eligió la ópera los *Hugonotes*, y nunca quizá se habia visto tan lleno este teatro. La representacion fué admirable: la señorita Sax, á quien el maestro destinaba el principal papel en la *Africana*, y los señores Gueymard y Faure, interpretaron maravillosamente la afamada ópera.

Terminado el acto cuarto, se alzó el telon, la orquesta tocó la marcha triunfal del *Profeta*, y el busto del maestro, colocado sobre un zócalo cubierto de paños negros, fué coronado por los artistas. El público aplaudió repetidas veces con entusiasmo.

MARIANO URRABIETA.

Necrología.

DON ANTONIO CAVANILLES.

Una de las cosas que mas profundamente nos afligen en medio de las muchas aficciones y amarguras de lo presente, es la absoluta y glacial indiferencia con que

la sociedad de nuestros días contempla la desaparicion de sus hijos mas eminentes, de los hombres públicos mas distinguidos, de sus primeros oradores, de sus mas notables publicistas. No parece sino que abundan tanto en España los hombres de ciencia y de saber, de recto corazon y de claro ingenio, que la pérdida de uno tras otro no merece siquiera el honor de que la sociedad superficial y agitada en que vivimos pare mientes en ella. Otras naciones, por el contrario, cifran su fama de ilustradas y de grandes, mas que en el renombre y la reputacion de los vivos, en la celebridad y la gloria de los muertos; y á cada genio que se extingue y á cada hombre de talento, verdadera antorcha que se apaga, el aplauso y la estimacion de sus contemporáneos levanta á su recuerdo un monumento perdurable de gloria. Esta consideracion que en todas partes se tributa al mérito, este testimonio de gratitud que dan los pueblos ilustrados á los varones esclarecidos que bajan á la tumba despues de haber consagrado una vida entera al servicio y a la honra de su patria, al par que una recompensa merecida á los que se van del mundo, es un noble y fecundo estímulo para los que en él se quedan. El hombre de genio que logra destacar sobre sus contemporáneos, sabe en esos países una cosa que le conforta y le alienta en las luchas de la vida; sabe que despues de su muerte hay todavía aire, espacio y vida para su nombre; que puede legar á sus hijos algo mas que su fortuna material; que les puede legar el capital de gloria que hasta cierto punto le asegura la inmortalidad.

Entre nosotros, por desgracia, desaparecen los hombres mas dignos, viene la muerte á segar en flor las mas risueñas esperanzas de la patria, y esta sociedad que rinde tan ferviente culto á los goces materiales y al becerro de oro, ni siquiera se para un instante á fijar su atencion en lo que debia mirar como una gran catástrofe. Todos los días nos arrebatla la muerte hombres eminentes en la política, en el foro, en las letras ó en las armas, y aparte del homenaje de cariño que dispensa á sus restos un número reducido de amigos, la sociedad no tiene para ellos ni una lágrima, ni un recuerdo; esta sociedad, con su corazon metalizado, que se conmueve y se alarma ante la perspectiva de un cambio político ó de una crisis metálica, no tiene en el fondo de aquel ni un sentimiento de compasion para el varon insigne que desaparece como por encanto del seno de la misma. Entre nosotros solo la pasion política exceptúa de esta lamentable indiferencia á los cardillos ó á los hombres muy notables de los partidos.

Háenos sugerido estas desconsoladoras reflexiones lo que acontece constantemente en Madrid, lo que ha pasado aun no hace dos meses con un hombre conocido en el foro, célebre en las academias, distinguido por su saber y por la profundidad con que se estaba ocupando últimamente de levantar un monumento á la gloria de España. Nos referimos al Excmo. é Ilmo. señor don Antonio Cavanilles. Cavanilles era una gloria del foro español, era un escritor correcto y elegante, era un académico de la historia, y de ciencias morales y políticas de los mas preclaros; era un historiador imparcial y profundo; era un patricio celoso y honrado; era, en fin, un hombre modelo en el seno de su familia. Amigos y adversarios aplaudian su talento y ensalzaban sus grandes dotes. Sin embargo de todo esto, don Antonio Cavanilles ha muerto aun no hace dos meses, y todo lo que ha hecho la sociedad que miraba en él uno de sus mas bellos ornamentos, ha sido consagrar puramente dos lineas en los periódicos, anunciando el triste suceso de su muerte.

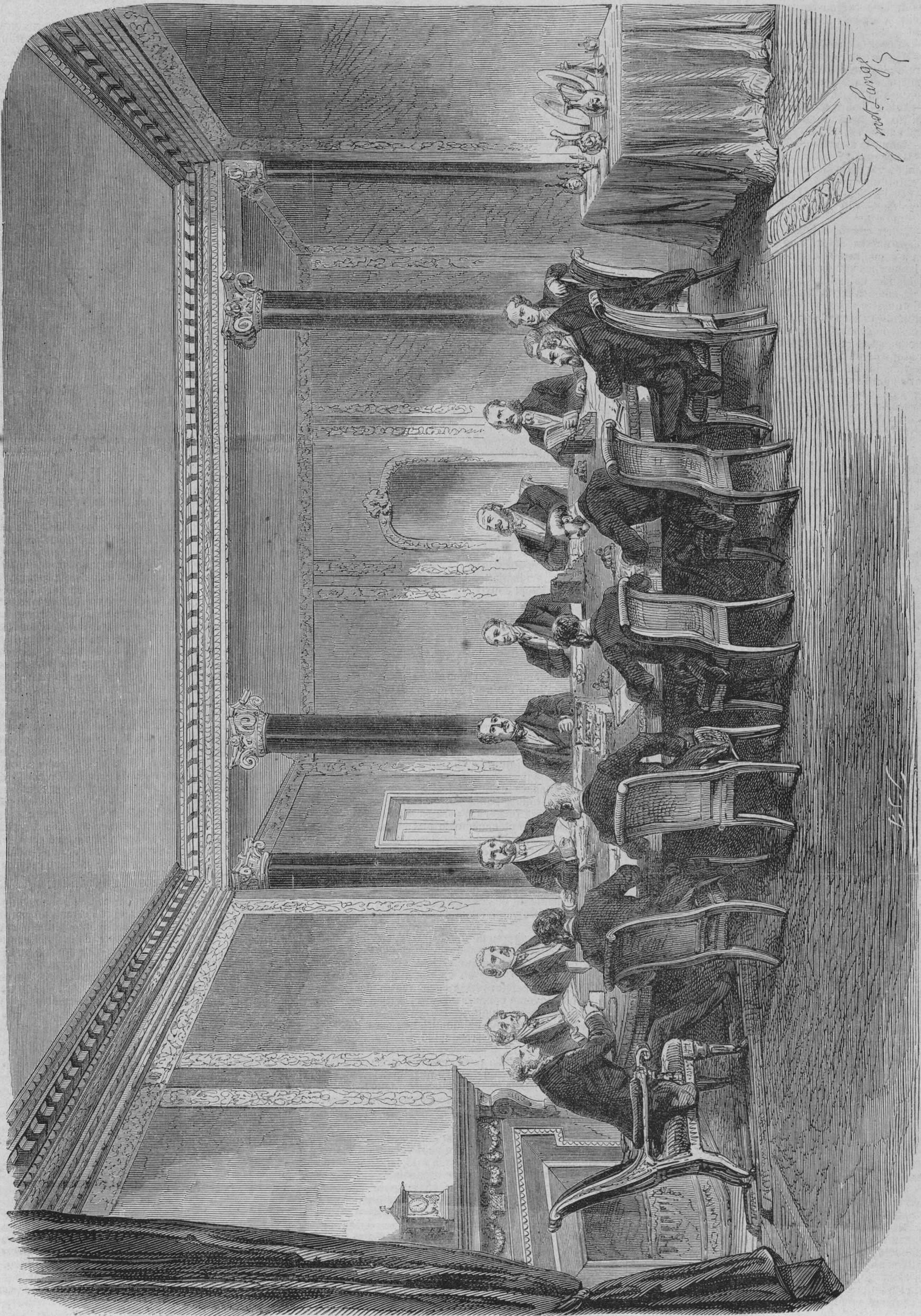
Nosotros nos sublevamos contra este cruel y desconsolador indiferentismo, que sobre hacer poco honor á la generacion presente, revela que el cáncer de la indiferencia y del egoismo corroe sus entrañas, y vamos á protestar contra tanta indiferencia llenando en breves y desaliñadas lineas un vacío que plumas mejor cortadas que la nuestra tenian el deber de llenar. Y ya que no nos sea posible presentar una fotografia moral, exacta, del patricio ilustre cuyo nombre figura al frente de este artículo, consignemos siquiera aquello mas notable que ha hecho en su laboriosa vida, aquello que ha dejado como recuerdo de su saber y de su actividad intelectual, y como patrimonio de gloria á su patria, que le ha visto morir con indiferencia, y á su esposa y á sus hijos, que le lloran con amargura.

El señor don Antonio Cavanilles y Centi nació en la ciudad de la Coruña el día 31 de enero de 1805. Su padre el Ilmo. señor don José Cavanilles, era á la sazón oidor de aquella audiencia, y llegó á ser mas tarde consejero y camarista de Castilla, brillando por la pureza de sus costumbres, por su integridad y por su sabiduría. Tuvo pues desde su cuna este ejemplo y esta enseñanza el personaje que lloramos, y á quien se puso en la pila bautismal el nombre de Antonio, en recuerdo de su tío el célebre botánico español, autor de la *Monografía de los Icones*, del *Viaje al reino de Valencia*, y de otras obras de no menos importancia.

A la edad de nueve años, y por el de 1814, se trasladó á Madrid con su familia nuestro malogrado amigo, y apenas tuvo los años suficientes para concurrir á las aulas universitarias, pasó á Alcalá de Henares, donde estudió jurisprudencia con tan notable aprovechamiento, que figuró siempre entre los mas brillantes y aventajados escolares de aquella célebre universidad, que para gloria de España fundara el distinguido cardenal Jimenez de Cisneros.

Terminados estos estudios, se consagró á los de la patria literatura bajo la direccion de don Alberto Lista, de quien fué uno de los discípulos mas amados. En to-

SALON DE LA CONFERENCIA DE LONDRES EN EL FOREIGN-OFFICE.



Lord conde Russel. Lord Clarendon. M. Eiegeleben. M. de Quaade. El príncipe de la Tour-d'Avvergne. M. de Balan. Baron Brunnow. Conde Apponyi. Conde Wachtmeister. Baron de Beust. M. de Bille. M. Krieger. M. Ewers. M. Bernstoff. Secretario de la Conferencia.

Handwritten signature: J. Wolf Langs

— ¿Pero cuando hace mal tiempo no vendrás?
— Aunque caigan rayos y centellas. ¡Ya ve usted; aquella pobre esta toda la semana soñando con mi venida!
— ¿Y a ti te sucederá lo mismo; no es verdad?
— Pues es claro. Pensando en lo que aquella pobre se va a alegrar al verme llegar el sábado, me paso la semana sin sentir y maldito lo que me cansa el trabajo.
— Pues tu mujer no se acordará menos de ti.
— Aquella pobre todo el día está hablando de mí en casa. No, si fuera cierto que le cantan a uno los oídos cuando alguno se acuerda de nosotros...
— Entonces no traerían ahora mala música los tuyos.
— De seguro. Y también los de usted.
Ambos guardamos silencio pensando en los que piensan en nosotros.

— ¡Qué delicioso, digo yo, es caminar a estas horas, en una de esas hermosas tardes de otoño, por un vallecito como este!

— Y mas cuando sabemos que donde acaba el valle empieza nuestra aldea, y donde empieza nuestra aldea salen a encontrarnos los que nos quieren, como sale todas las noches aquella pobre...

Hablando, hablando, llegamos ya al término del valle que desemboca en la hermosa llanurita donde se extiende nuestra aldea.

Subimos una cuestecilla que termina en una colina cubierta de árboles desde donde se ve la aldea cuyas primeras casas están a medio tiro de bala, y nos paramos al pie de un árbol a contemplar la aldea.

La vida de los campos se va reconcentrando en los hogares que llaman cariñosamente a su seno a los moradores de la aldea. Ya de cada hogar se alza una blanca nubecilla de humo, porque en cada hogar hay una madre de familia que aviva el fuego y prepara la cena para que encuentren calor y alimento su marido y sus hijos. Y aquella nubecilla regocija y enternece a los que desde lejos la contemplan, porque les dice que allí hay alguien que piensa en ellos.

La vida del hogar es vida de descanso y amor. Porque al acercarse el instante de tornar a ella, se alegran los moradores de la aldea. Prorumpen en gritos de alegría los niños que bajan del monte o vienen de las campas conduciendo el ganado a los establos; cantan las muchachas que con la herrada a la cabeza vienen de la fuente del castañar, y ríen y charlan alegremente los jóvenes y los viejos, que con la pipa en la boca y las layas o la azada al hombro, vienen por las estradas a través de las heredades.

Las campanas de la aldea tocan a la oración, y de repente todo calla; gritos, cantares, risas y conversaciones, porque los pensamientos se apartan de la tierra para remontarse al cielo.

Mi compañero y yo llamamos también y descubrimos la cabeza y rezamos las *Ave-Marias*.

Yo, que a pesar de los pesares tengo mis resabios de cortesano, no rezo con tanta devoción como el joven de la chaqueta al hombro, porque en vez de pensar solo en Dios como mi compañero, pienso en Dios y en la devoción con que mas de cuatro amigos míos rezarian sintiendo lo que nosotros sentimos.

Al continuar nuestro camino, vemos que una porción de personas salen a nuestro encuentro.

— Apuesto, dijo mi compañero, que viene ahí aquella pobre.

Y al verle apretar el paso, le aprieto también, y un instante después nos reunimos con los que salen a encontrarnos.

Ángel mío de tres años, no estás tú entre los que salen a encontrarme; pero si alguna vez he podido creer compensada tu ausencia, esa vez es esta noche.

— Hijo, ponte esa chaqueta, que se ha levantado un aire muy frío, dice su mujer a mi compañero.

— ¡Qué ha de hacer frío! replica el muchacho. ¿No es verdad, don Antonio, que hace calor?

— Vaya si le hace, contesto. Lo que es yo cuando sali de casa tenia como frío, pero ahora estoy sudando.

Vidrieros y tapiceros y estufistas, eh, largo de mi casa con vuestras invenciones que nos calientan por fuera y nos dejan helar por dentro.

ANTONIO DE TRUEBA.

La cruz del valle.

NOVELA POR DON EDUARDO SERRANO FATIGATI.

(Continuacion.)

IX.

Al día siguiente, antes de empezar su expedición favorita y a trueque de ser indiscreto, Alfredo fué a casa de su prima, únicamente a cerciorarse de si tenia alguna noticia concreta de sus amores con Rosa.

Ignoramos lo que pasaria en aquella entrevista; pero lo cierto es que aquella tarde nuestra pobre aldeana encontró a nuestro héroe mas distraído y menos entusiasta que de costumbre.

Al día siguiente Alfredo no salió de Madrid. Sin embargo, si hemos de creer lo que él mismo pensaba, esta no era ninguna falta contra Rosa.

Era preciso no olvidar sus relaciones de la corte, no perder sus hábitos, no aparecer en ridículo en una palabra.

Rosa le regañó mucho por su falta; pero él la hizo creer que tenia un tío enfermo y que debía quedarse a cuidarle un día si y otro no.

¿Porqué la razon que creia buena para si mismo no la juzgaba convincente para Rosa? Ese es un problema que nunca hemos podido resolver.

Durante la primera semana no hubo novedad alguna en su conducta, y solo hizo dos visitas a su prima. A la siguiente, Rosa oyó con gran sentimiento que el tío habia empeorado, y que las visitas de su amante debian ser mas de tarde en tarde.

En aquella semana, Alfredo visitó tres veces a Adela. Al cabo de tres meses, nuestro calavera tomó tanto miedo al ferro-carril, que no volvió mas al pueblo que por tantos días constituyera su única felicidad.

En cambio apenas salia de casa de su prima. Y cada vez que encontrándose solo, frente a frente de su alma, sentia renacer en ella el sentimiento de Rosa y algo parecido a un remordimiento, le conjuraba tan bien y con tan sólidas razones, que el remordimiento desaparecia... cuando el sueño cerraba sus párpados.

— Rosa, se decia en tales momentos, es muy bella... en este punto no cabe discusion... pero tan sencilla, tan inocente... ¿cómo comparar su imaginacion ni su talento con el de Adela, que adivina mis pensamientos, que me hace soñar en un mundo de felicidad donde yo no alcanzaba a ver absolutamente nada?

Por otra parte, Rosa en los últimos días en que la he visto, ya no era lo que antes.

Tenia mal genio, caprichos, ridiculeces... queria que viviese solo para su amor, como si al hombre, y al hombre de mi posicion mucho mas, le fuese permitido olvidarse de ciertos deberes que la sociedad y el buen tono le imponen.

Además, Rosa llora demasiado; tiene demasiada tristeza en su mirada, y caprichos de niña que la harian desgraciada.

Lo cual quiere decir que es muy conveniente que se acostumbre a dominar esos caprichos.

En fin, no cabe duda... Alfredo estaba justificado a sus propios ojos... al menos cuando sus ojos no miraban.

Pero ¿qué sucedia entre tanto a Rosa?

X.

La pobre niña habia temblado a la primer falta.

Habia llorado al convencerse de la segunda.

Elevó al cielo su mas ferviente oracion despues de la tercera. Cuando sus lágrimas se agotaron no se advertia en ella otro sintoma de su dolor que una palidez que se hacia mas intensa cada día.

Y era que la fuente de la *vida* habia cesado para ella de manar.

Que la flor empezaba a marchitarse porque el huracan del mundo la dió un beso emponzoñado.

Rosa marchaba a pasos agigantados por el mundo del dolor y de los desengaños, y ese mundo la llenaba de terror, porque era completamente desconocido para su corazon; porque jamás habia visto ni soñado lo que era la desgracia.

Su buen padre ignoraba por completo el martirio que iba lentamente destrozando a su hija.

La encantadora criatura, temiendo hacer pasar su dolor al que tantos habia sufrido en el mundo, tenia aun una sonrisa (mas cara para su vida que todas sus lágrimas) cuando el anciano la preguntaba porqué no habia vuelto Alfredo; pasaba largas horas martirizándose mas y mas en forjar un cuento que fuese creído por el buen padre; y cuando este, dándole el beso de despedida, iba a pasar la noche tranquilo y seguro de su felicidad, la inocente mártir todavia sentia en su corazon un momento de consuelo.

Aquella enfermedad del alma no tenia curacion posible.

Yo ignoro si alguno de mis lectores creará inverosímil que exista esta clase de enfermedades, y mucho menos en la sociedad en que vivimos. Por toda defensa le diré únicamente, que un amigo mio, médico muy acreditado, me cercioró hace pocos meses de su existencia, haciéndome conocer un caso práctico que estaba tratando con poca fortuna.

¿Creeréis que aquella niña, muriendo por haber visto morir a su madre, me reconcilió por completo con nuestro siglo?

Rosa estaba sin duda purificando su amor para irle a depositar en el cielo, que era su única patria.

Pero la alimentaba todavia un resto de esperanza.

Y todas las tardes pasaba una hora contada por los latidos de su corazon, junto a la fuente que habia sido testigo de sus dulces sonrisas.

Y cuando el sol se ocultaba tras de las montañas; cuando algun tiempo despues se despedia de la gran poblacion que la pobre niña veia a lo lejos como dormida sobre la llanura, Rosa se despedia tambien de su ideal, y volvia a su casa a ocultar los sentimientos que llenaban su corazon, para ser la buena hija, el único lazo que unia a su padre con el mundo.

Durante aquel tiempo tambien tuvo que sufrir el agudo tormento de la murmuracion popular: las muchachas a quienes su hermosura habia eclipsado se burlaron de su dolor; los mozos a quienes habia despreciado, la dirigieron miradas demasiado elocuentes en su situacion, y Rosa que no habia pisado el mundo, que no conocia sus secretos, tuvo que desplegar la poca energia que restaba en su alma, para combatir en tan terribles y diversos terrenos.

XI.

Una tarde, al dirigirse a la fuente, la hermosa vió a lo lejos el penacho de humo de un tren extraordinario que se acercaba a toda velocidad.

Una emocion inexplicable se apoderó de ella en aquel momento. Creyó que aquel humo que el viento disipaba, y volvia a renacer siempre mas cerca; que aquella locomotora que iba dejando atrás tierras y pueblos, venia a devolverla la felicidad perdida: que allí, oculto por aquel humo, y hasta acompañando al penetrante silbido que se percibia confusamente, venia su Alfredo, mas que nunca enamorado, mas que nunca hermoso, a ofrecerle de nuevo su curacion, para no separarse jamás de ella.

Impulsada por esa loca alegría, que representaba en su corazon lo que la última llamarada de la luz que va a apagarse, Rosa, sin darse cuenta de sus acciones, se encaminó hacia el ferro-carril, marchando por junto los rails en direccion al tren que venia.

Sin parar un solo momento la aldeana, encontró al tren cerca de media hora despues de haber emprendido su camino.

Pero durante el breve instante en que locomotora y wagnones pasaron ante su vista como un relámpago, atronando sus oídos, haciendo llegar hasta sus pies miles de chispas, y hasta arrojándola un silbido que parecia insultante, la acalorada imaginacion de Rosa creyó ver dentro de un coche a su Alfredo, mas hermoso que nunca, pero reclinado en el hombro de una mujer, tambien mas hermosa que ella.

Entonces fué cuando mirando al rededor, como quien despierta de un profundo sueño; entonces fué cuando advirtió que se encontraba sola a una gran distancia de su pueblo, que apenas se distinguia a la confusa claridad del crepúsculo que terminaba, y faltándole de una vez el vigor, las fuerzas físicas y el aliento, cayó de rodillas en el suelo para venir a quedar sin conocimiento junto a uno de los rails.

Hé aquí una de las situaciones mas apetecibles para un novelista de historia, ó mas bien, hé aquí una de las situaciones que mas grandes efectos podrian producir en favor ó en contra de Rosa, en la bienaventurada edad media.

¿Qué mas natural que haber topado con la desmayada niña un formidable señor de los de pendon y caldera, que poniéndola a la grupa de su caballo, la hubiese trasladado en castellana de un inmenso señorío?

¿Qué mas poético que haber venido a parar en una caverna de bandidos, para ser jugada a los dados como un objeto cualquiera, y adjudicada al capitán, borracho como una cuba?

Pero la pobre niña, que tan a su pesar se veia colocada en una situacion romántica, terminó su aventura de la manera única que podia acabar en el siglo XIX, y donde hay almas caritativas.

El guarda de aquel kilómetro, al encontrarla al poco rato en completo estado de insensibilidad, y despues de haber pedido ayuda, la llevó a la estacion inmediata, que era la de su mismo pueblo; dió parte a su jefe de que habia salvado a una mujer que al parecer queria suicidarse, y dió ocasion a que su nombre corriese de boca en boca, como el de un hombre eminentemente humanitario.

El padre, a quien se llamó despues de reconocida la niña, vino desalado en su busca, y aquellas dos almas, complemento la una de la otra, solo pudieron darse cuenta de lo que a cada una pasaba, confundiendo en un abrazo de inmensa tortura, que quizá no hubiera tenido fin si no se les hubiera obligado a separarse.

Al otro día se halló medio de dar al pueblo una explicacion plausible de aquel raro suceso, suponiendo que Rosa, creyendo ir a una obra de caridad para socorrer a una pobre mujer que estaba espirando, segun le dijo otra que se apareció cerca de la fuente, habia sido llevada hasta allí para robarla, lo cual no pudieron conseguir por la llegada del tren especial.

Con esta verídica novela, exteriormente el asunto habia concluido.

Pero ¡cuál era su verdadero término!

XII.

Al día siguiente Rosa no pudo evitar a su padre el dolor de una explicacion.

Pero al describirle minuciosamente todos sus dolores, todas sus esperanzas y cuanto habia acontecido, en fin, desde el día en que Alfredo dejó de verla, ¡cosa rara! no derramó ni una sola lágrima.

Se enrojecieron sus ojos únicamente, porque no podian derramar mas llanto.

El buen anciano la estrechó por largo tiempo contra su seno, y ambos se comprendieron.

— Hija mia, el gran dolor que acaba de herir tu alma necesita cicatrizarse muy poco a poco: todo lo que yo poseo es para ti, ¿quieres que huyamos de este lugar de tristes recuerdos? ¿quieres que vayamos a recordar a tu infame amante sus juramentos? ésta seria la muerte de mi dignidad; ¿pero qué sacrificio ha de ser excesivo por el único consuelo que me resta en el mundo?

— Padre mio, debo toda mi felicidad al amor que usted me tiene, y yo la he correspondido amargando las horas de su ancianidad. Si la vida no me falta, si puedo resistir este terrible martirio, verá Vd. a su hija sonreír para desarrugar el entrecejo de esa frente; yo seré

lo que Vd. quiera que sea, siempre que me perdone.
—¿Perdonarte yo, Rosa? perdonarte, ¿y por qué?
¿qué delito has cometido por tener un corazón puro, una imaginación privilegiada y un entendimiento no acostumbrado a la mentira?

Rosa calló durante algunos segundos; pero al cabo de ellos tendió de nuevo los brazos al cuello de su padre y exclamó:

—Vuelvo a pedir perdón a mi buen padre, porque le estoy engañando; porque me dice el corazón que sin él no puedo vivir.

—¡Rosa, Rosa querida! y el anciano, mirando fijamente a su hija, dejó desprender de sus ojos dos gruesas lágrimas.

Habia comprendido que la joven estaba herida de muerte.

Cien ideas asaltaron su imaginación calenturienta.

Maldijo al seductor, y se propuso ir a la corte para buscarle y contarle cuanto pasaba.

Poco tiempo después rechazó este proyecto como irrealizable.

Entró en su cuarto repetidas veces, se puso el sombrero, se sentó, cogió la pluma para escribir, se paseó de nuevo, tomó y examinó cuidadosamente su escopeta antigua abandonada en un rincón, y después de una hora de silenciosas meditaciones, en que su distraída mirada vagaba desde un objeto a otro, y en que tan pronto se le veía el rostro lleno de palidez como encendido, pareció tomar una definitiva resolución, y se puso a escribir.

Quizá su conducta encontrará severa crítica en algunos; porque ¿qué más sencillo, en efecto, que ir en busca del seductor y desafiarse a muerte?

Pero debemos decir en su defensa, que en su pueblo no había penetrado todavía lo suficiente nuestra grandiosa civilización para que el anciano encontrase esa manera salvadora de arreglar las cuestiones de honra, y poder en todo caso dejar huérfano a su hija, para que se consolase del amor perdido.

Por otra parte, hay quien me dice en este momento en que escribo, que cuestiones tan graves jamás se han arreglado a tiros, quedándose estos para hechos tan punibles como un pisotón en el café, un empujón en la calle, u otra cualquiera cosa semejante, y que los padres que estiman la honra de sus hijas, procuran salvar antes la de ellas que la suya propia.

XIII.

Alfredo, con vergüenza lo decimos, había llegado a enamorarse perdidamente de su prima Adela.

No pretendemos justificar este capricho de su corazón ó de sus sentidos, porque si otra cosa fuese, y atendiésemos únicamente al gran cúmulo de razones que se daba a sí mismo para preferir este amor al de Rosa, tendríamos necesariamente que disculparle.

¡Tenía Adela tanto talento! Yo, creyendo que puede calificarse de criminal la conducta de nuestro héroe, estoy tentado de sostener, en vista de esta razón, que las mujeres no deben tener talento.

Pero cuando pienso que el talento de amor, que es el de que aquí se trata, es el talento que sirve para hacer feliz al hombre en ciertas ocasiones... no me atrevo a decir nada.

El caso es que tras del amor vino el proyecto antiguo de la madre de Adela a darle nueva excitación.

Ya se sabe los efectos que suelen producir en tales casos las intrigas urdidas por las mamás de niñas casaderas.

Esta vez la de Adela se portó como maestra consumada, puesto que logró que el calavera Alfredo pensase seriamente en proyectos matrimoniales.

Para no desperdiciar tan bella ocasión, la familia de la novia apresuró los preparativos, y lució por fin el día en que los amantes iban a tomar lo que vulgarmente en Madrid se llama el *dicho*.

Alfredo se levantó a las diez de la mañana, lleno de entusiasmo por su prima, y soñando en una vida entera de felicidad.

Vistióse con cierto descuido lleno de coquetería, y después de almorzar frugalmente, entró en su cuarto a visitar por última vez al espejo, para salir en seguida en busca de su Adela.

Mas cuando abría la puerta para salir, un criado le entregó una carta, cuyo sobre era de letra desconocida.

Podrán ser una ridiculez los presentimientos; pero lo cierto es que Alfredo sintió un malestar indefinible mientras rompía el lacre de la misteriosa carta.

Mas cuando empezó su lectura, cuando llegó a su último párrafo, cuando devoró su terminación, Alfredo, sin poderlo remediar, temblaba, y pálido hasta la amarillez, se sintió tan falto de fuerzas que tuvo que sentarse un momento en una silla de la antesala.

La carta era, como comprenderán nuestros lectores, del padre de Rosa, y decía lo siguiente:

«Ha abusado Vd. vergonzosamente de la amistad de un hombre honrado y de la inocencia de una hija querida. Yo no sé vengarme, pero sí despreciar como se merece a quien de tal manera se porta. Pobre de talento y de fortuna, he sacrificado ambas cosas en beneficio de mis amigos y de mi patria con lealtad y entusiasmo; pero como nunca me enseñaron a ser villano, jamás he abrigado ni por un solo momento el pensamiento de hacer desgraciada a ninguna familia de la que haya recibido el más ligero favor. Sé que Vd. se reirá de mi desgracia, burlándose de nuestra credulidad; pero quiero que sepa al menos que mi querida Rosa se halla

próxima a morir; que muere por Vd., y que su nombre y el mío serán siempre un perpétuo remordimiento para quien es causa de este martirio.»

Este lenguaje a un mismo tiempo digno, severo y suplicante, hicieron en el corazón de Alfredo, cuyo fondo no estaba del todo pervertido, el efecto que era de separar.

Una simple amenaza le hubiera hecho reír.

Una petición de casamiento hubiera sido objeto de una burla mordaz. Pero aquel golpe no le tenía previsto, y Alfredo, que como sabemos, se dejaba llevar por las impresiones del momento, tomó al cabo de dos minutos su partido.

Llamó precipitadamente a su criado de confianza, y le dió la orden de encargar, en la estación del ferrocarril del Norte, un tren especial que estuviese dispuesto en el espacio de una hora.

En seguida, y bajando los escalones de cuatro en cuatro, mandó a su cochera que le llevase a todo correr a casa de su prima Adela.

Y apenas entrado en su casa, cuando los amigos de la familia, reunidos en uno de los salones en derredor de la novia, le esperaban con impaciencia, Alfredo, sin saludarles y con las señales del más vivo dolor, llamó aparte a su prima y la dió que tenía que hablar un momento con ella reservadamente.

Seguirle Adela confusa y admirada, y hallarse ambos frente a frente en su tocador, fué obra de un instante.

—Prima mía, dió Alfredo sin titubear, tú sabes perfectamente que la primera noche que te vi en tu casa, vine a ella obligado por una esquila tuya, y que entonces me hallaba completamente enamorado de una hermosa muchacha que no vivía en Madrid, y cuyos amores me censuraste. Pues bien: hoy un deber sagrado, mas sagrado que el que tengo contraído contigo, me obliga a separarme de ti, a devolverte tu palabra y a volar a los brazos de mi desgraciada Rosa.

No acertaríamos a bosquejar, aunque dispusiésemos de un pincel tan brillante como el de Rafael, las mil pasiones que en un solo instante dibujó el rostro demudado de Adela al escuchar aquella terminante manifestación.

Quiso hablar y no pudo; quiso llorar y no salieron lágrimas a sus ojos; por fin, conociendo que se desmayaba, tiró con fuerza del cordón de la campanilla, y cayó sobre su sillón de peinarse.

—¿Quieres escándalos? dió entonces Alfredo con ira reconcentrada; pues sea en buen hora.

Y en tanto que la madre acudía, que enterada del caso lloraba y llamaba infame a su sobrino, y que los amigos iban y venían y que todo era confusión y desorden, Alfredo atravesaba con paso firme las habitaciones, con el sombrero puesto y sin parecer que participaba de aquella confusión, y entrando, decía con brusco acento al cochera:

—A la estación del ferrocarril del Norte.

Hora y media después, Alfredo, lleno de emoción, pisaba los umbrales de la modesta casa de Rosa.

XIV.

Cuando nuestro protagonista entró en la alcoba de su antigua y amada niña, esta casi agonizaba.

Esos caracteres, reconcentrados en sí mismos, que destilan gota a gota las penas en su corazón.

Esos espíritus, avaros de sus dolores, que no buscan su consuelo en el llanto, ni en la amistad de otras almas, mueren muy pronto.

Porque desconociendo la bondad que siempre atesora el hombre para las horas de la aflicción, no participan de la grandeza y de la esperanza que encierran aquellas palabras de Jesús:

«Amaos los unos a los otros.»

Y como el deseo de realizar ese bellissimo precepto es inseparable de la naturaleza humana, el ser que no puede dar forma material a ese deseo, sufre, si nos es permitido decirlo así, dos dolores en cada dolor: un dolor directo y un dolor reflejado. Alfredo entró en la estancia tembloroso como quien se siente culpable, con paso tímido, como si fuese autor de un crimen, y descubierta y baja la cabeza.

La escena era imponente.

Rosa, incorporada la cabeza sobre las almohadas y vuelta de espaldas a la puerta, procuraba sonreír a su anciano padre, que al lado de la cama, teniendo una mano de su hija entre las suyas para darle el calor que ya la iba faltando, y regando sus mejillas con lágrimas silenciosas que procuraba ocultar entre sus labios, la dirigía palabras de esperanza que no abrigaba su cabeza ni su corazón.

Al observar aquel triste pero bellissimo cuadro en el que su presencia iba a causar una revolución, Alfredo volvió a ser bueno, amó con toda la energía del primer amor a la pobre niña tan entusiasta y tan bella: dos lágrimas de tardío arrepentimiento nacieron de sus ojos, y en voz baja rogó a Dios que salvase aquella existencia a la que quería desde entonces consagrar su vida entera.

Sin darse cuenta de sus actos, Alfredo fué a arrodillarse silenciosamente al otro lado de la cama, donde pendía la otra mano de Rosa, y a imitación de su padre, la besó con frenesí.

Aquel beso ardiente despertó los recuerdos de Rosa. Incorporóse velozmente en el lecho, y al ver a su antiguo amante, una sonrisa de felicidad vagó por sus labios descoloridos. No se inquietó, ni su fisonomía manifestó asombro alguno. La pobre niña se creía ya sin duda juguete del sueño de la muerte.

El padre por el contrario se levantó erguido y terrible, y con voz lenta y concentrada dió a Alfredo:

—¿Qué busca Vd. en esta morada de la muerte?

El joven balbuceó un «perdon» apagado, y al mismo tiempo la moribunda dirigió a su padre tan expresiva mirada, que el bondadoso anciano no se atrevió a lanzar de aquel sitio al que todavía podía dar un momento de felicidad a su hija.

—¡Es él! dió Rosa con voz apagada; aun le veo por la última vez; ¡gracias, Dios mío!

—No, Rosa mía; no me ves por última vez; hemos de estar juntos ya hasta la muerte.

—Si, hasta la muerte, repitió la pobre niña con lastimero acento.

Una nueva y sombría mirada del anciano le recordó que aquellos momentos no debían ser profanados por ninguno, y menos por él.

(Se concluirá.)

Exposicion de 1864.

En las visitas que vamos a hacer a la Exposición de bellas artes de 1864, llevamos por guía a nuestro dibujante; su lápiz es el amo, y la pluma que le sigue se somete al papel de intérprete. Bajo este concepto, nos limitaremos pues a explicar en breves líneas el asunto y a introducir algunos detalles sobre las obras reproducidas por el grabado, cuidando, como de costumbre, que nuestra elección se fije en las obras capitales expuestas, sin excluir por eso aquellas producciones por las cuales se anuncia ya el porvenir de algunos artistas. Principiemos por echar una ojeada al conjunto de la exposición, y sigamos al dibujante.

Desde luego, lo que primero se advierte esta vez en la Exposición, es una afición desmedida a los modelos del pasado. Esto parece una moda, y por lo tanto séanos permitido no admirarla. Los grandes asuntos, las páginas conmovedoras de la historia faltan completamente, y el retrato escasea, si bien debemos confesar que los pocos que hay son de mérito. Como en los años anteriores, domina el paisaje con toda su superioridad en las obras de Rousseau, Cabat, P. Huet, Corot, Français, Daubigny, Lanoue, de Cock, Flahaut, Girardon, Harpignies, Hanoteau, Fanart, maestros ó discípulos de la escuela francesa. Viene después el compacto batallón de las obras de género. Hay varias que han merecido una extremada indulgencia por parte del jurado, pero en suma, la habilidad y el talento se muestran a menudo, si no de una manera excepcional, al menos en un grado digno de señalarse. Penetremos en el gran salón de entrada. De las dos zonas de cuadros sobrepuestos que vemos ahí, la primera es la que mas debe ocupar nuestra atención. No faltan los grandes lienzos en la segunda, donde se destaca el *Otono* de M. P. de Chavannes, y donde se distinguen dos páginas de la vida de san Francisco de Paula por M. J. Duval. Citemos el *Emperador en Solferino* de M. Meissonier; y los lienzos militares de MM. Protais, Beaume, Devèdeux y H. Bellangé. *Luis XIV y Moliere* de M. Veter; de M. Hamon, la *Aurora bebiendo en el cáliz de las flores las perlas del rocío*; de M. Corot, un paisaje poético, y las *Márgenes del Tiber*, de M. Lanoue. En esta sala de honor figura también M. Robie.

Tomemos a la izquierda esos salones donde se encuentran paralelamente todas las letras del alfabeto, el alfa y el omega de esa larga lista de artistas. Hé aquí los lienzos de MM. Amaury-Duval, Bouguereau, de madama H. Browne, dos retratos elegantes, llenos de sentimiento y de color; el *Mezzo bajocco* de M. Bonnat; la *Vendimia* de M. Curzon; los lienzos de M. Belly; los paisajes de M. Thomas y de M. Pasini; la *Aldea* de M. Rousseau; la *Derrota*, de M. Ulmann; la *Visita a la parida* de M. Willems; las *Dos hermanas*, de M. Tissot; la *Villa Pamfili* de M. Anastasi; los Arabes de M. Washington; los Animales, de MM. Simon, Van Marcke, Schreyer y Van Thoren, las *Cazas* de M. A. de Balleroy. A la derecha del salón cuadrado, el alfabeto cortado combate con su antagonista de la izquierda. Las primeras salas se abren con la letra D, y pertenecen a MM. Daubigny padre é hijo, a M. Faure, a M. P. Dupuis, a M. Dauban. Siguen luego M. Fromentin, Gerome, Hebert y Giacomotti, y después están la pléyada de los paisistas y de los pintores de género. De la J a la N el interés crece de punto. Allí hemos encontrado con su talento ordinario a MM. Jourdan, Mazerolle, J. Noel, Nazon, Lacroix, Lansyer, Leroux y su *Columbarium*, Merle y su *Primavera*, Marchal y su *Feria de las criadas*; y en fin, dos obras capitales enfrente una de otra; el *Reposo*, alto de dos gitanos de M. Lehmann, y el *Edipo* de M. Moreau.

El gran salón de la extremidad occidental reservado a la pintura religiosa, nos ha parecido muy pobre este año. En cuanto a los salones consagrados a los dibujos y a las aguadas, no son menos ricos que otras veces en obras elegantes; entre tantos nombres citaremos los de MM. Lanoue, Pollet, Tourny, Brandon, y señalaremos un grupo de artistas del bello sexo; la princesa Matilde, la condesa de Dampierre, la baronesa Nathaniel de Rothschild, y la condesa de Nadaillac.

Ahora que hemos concluido nuestra correría al través de la Exposición, vamos a seguir a nuestro dibujante. Con él nos detendremos primeramente ante la *Fantasia* de M. Ginain. Este pintor hace dar vueltas sobre un terreno elevado a un grupo de ocho jinetes ára-

EXPOSICION DE 1864.



Fantasia, cuadro por M. E. Ginain.

bes; los caballos vuelan como la flecha, los albornoces ondean al viento, las espingardas se arrojan al aire, y el cheik, en medio de los soldados que le rodean, con el rostro á cubierto por un vasto sombrero, manda á este grupo de hombres.

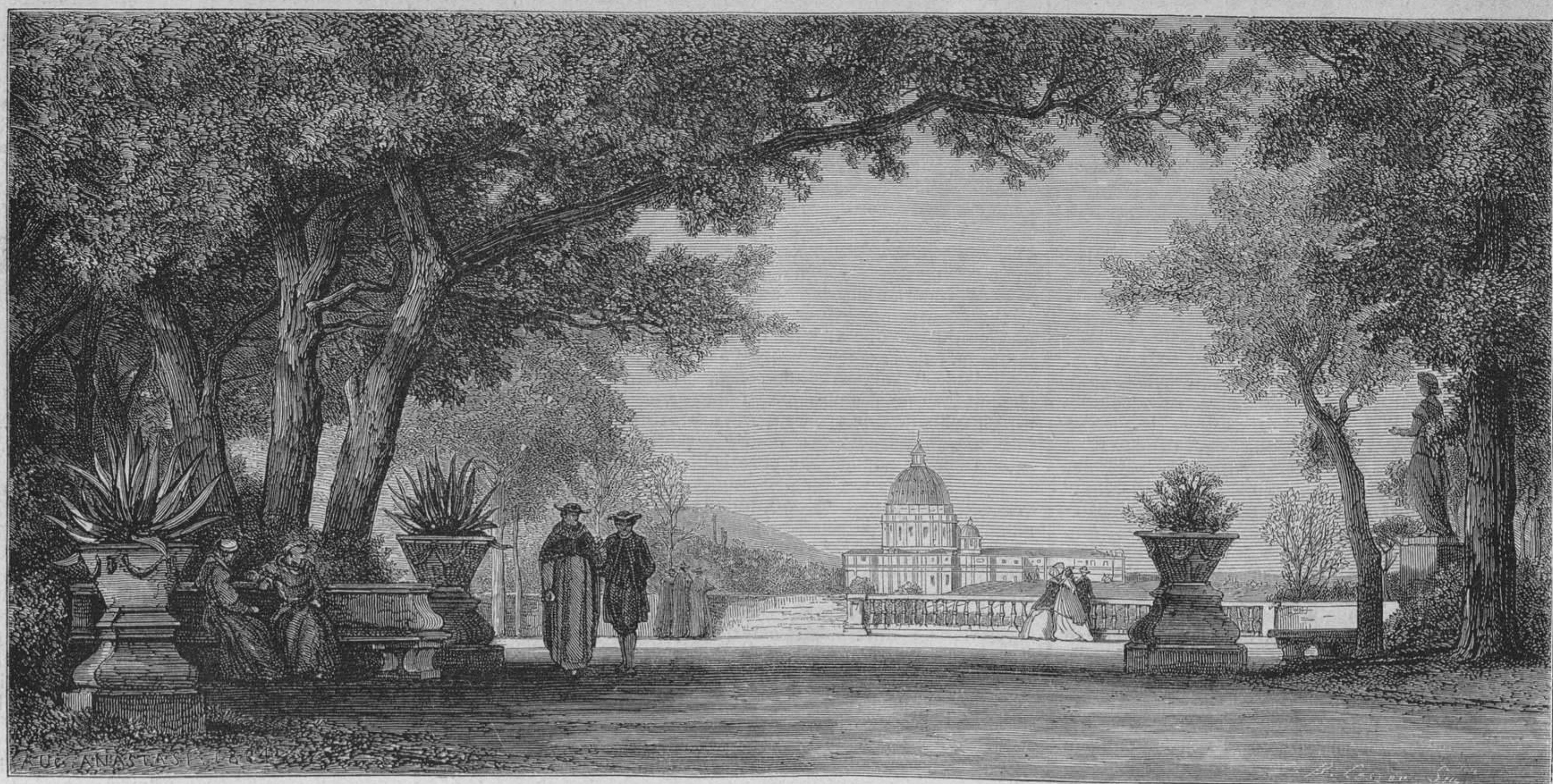
Vista del Tiber, de M. Lanoue. El río de aguas amarillentas, *flavus Tiberis*, corre entre sus márgenes poco elevadas atravesando esa tierra de las cercanías de Roma tan triste, sin verdura, donde apenas crece la yerba tostada por el sol. Los montes que rodean á la ciudad eterna forman el fondo del antiguo río, y detrás asoman en lontananza las montañas de la Sabina. El paisaje de M. Lanoue está compuesto con



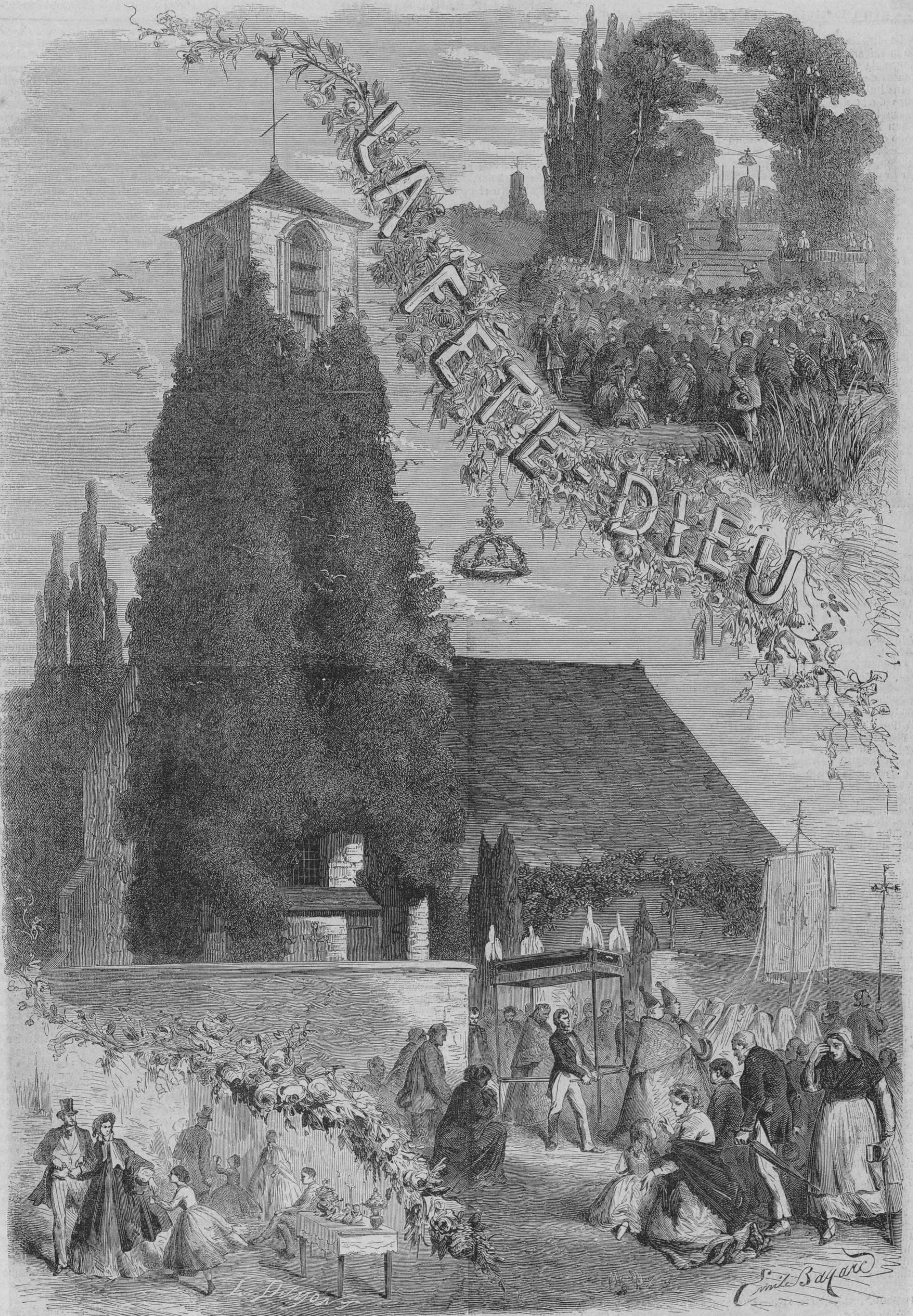
Vista del Tiber, tomada de Acqua-Acetosa: campiña de Roma, cuadro de M. F. Lanoue.

vigor, y rebosa el sentimiento poético y elevado propio de su asunto.

M. Anastasi nos conduce á la *Villa Pamfili*, á ese antiguo sitio de los jardines de Galba, desde donde se domina toda la campiña romana. Sobre la explanada del hermoso palacio se elevan en sus zócalos las estatuas de mármol y los árboles seculares entrelazan sus ramas. Varios paseantes animan el jardín; un monsignor se adelanta acompañado de un frater, y apoyados en la balaustrada unos cuantos personajes están contemplando la ciudad eterna que se extiende á sus pies, y la cúpula de San Pedro bañada por los últimos rayos del sol en el ocaso. A. M.



Azotea de la Villa Pamfili (Roma), cuadro de M. A. Anastasi.



La fiesta del Corpus.

La gran festividad del Corpus Christi.

La Iglesia conmemora esta semana la institución de la Eucaristía, Sacramento por excelencia de la Ley de gracia y vínculo de caridad entre los miembros creyentes de la misma.

Instituida por Jesucristo la víspera de su Pasión después de la última cena que hizo con sus apóstoles, véase la forma en que hablan de ella los evangelistas y san Pablo (1): « Jesús, dicen, después de haber cenado con sus apóstoles, se levantó de la mesa para lavarles los pies. Volvió después a la mesa, y como comiesen, tomó del pan, dió gracias á Dios, bendijole, lo partió y lo distribuyó á sus discípulos diciéndoles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros* (y según el texto griego, *que es entregado por vosotros*). *Haced esto en memoria mía*. Asimismo después de cenar, tomó el cáliz (esto es, la copa en que bebía), y habiendo dado gracias le bendijo y se les dió diciendo: *Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza que será* (según el texto griego *que es*) *derramada por vosotros y por muchos en remisión de sus pecados. Haced esto en memoria mía*.

» En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día; porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él... Este es el pan bajado del cielo. Vuestros padres comieron el maná y murieron; pero el que coma este pan, vivirá eternamente.

Aunque la institución de la Eucaristía tuvo lugar el jueves que la Iglesia llama Santo, celébrase el jueves después de la octava de Pentecostés, porque en el primero está aquella principalmente ocupada en celebrar la memoria de la Pasión, y era natural, esto supuesto, que para ello se escogiera el primer jueves después de dicha octava, para que celebrándose en esta la fiesta de la formación de la Iglesia, pudiera luego celebrarse la memoria del gran misterio por el cual esa misma Iglesia fué alimentada, fortificada y perfeccionada.

Los apóstoles transmitieron a los pueblos el dogma de la Eucaristía en los propios términos que le habían recibido de Jesucristo, como atestigua san Pablo, y así vemos que desde los tiempos apostólicos, en todas las iglesias que se forman se celebra este misterio, lo mismo en Oriente que en Occidente; siendo un hecho constante que así antes como después del cisma de Focio, y hasta el siglo XVI hubo una sola fe sobre tan adorable misterio, y que cuando en los siglos XI y XII aparecieron Berenguer y Pedro de Bruis no tuvieron eco los razonamientos de estos innovadores.

En el siglo XVI Lutero mismo confesó que le era imposible desechar este dogma por estar convencido de su evidencia, llegando el caso de enfurecerse contra Carlomagno, su discípulo, á quien hizo expulsar de Wittenberg porque negaba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, proclamada también en Suiza por Zuinglio y Ecolampadio.

Viene después Calvino, y confiesa que en la Eucaristía está presente el Cristo, que le comemos y que su cuerpo derrama desde el cielo una virtud misteriosa en el alma de los fieles, y de esta opinión participan luego los llamados anglicanos. ¿Qué hay en todo esto?

Nosotros debemos concluir acatando lo dispuesto en el canon I, capítulo VIII, sesión XIII del concilio de Trento que dice así: « Si alguno negare que en el santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre, juntamente con el alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por consecuencia todo Cristo; y dijere que solamente está en él como en señal ó en figura, ó virtualmente, sea excomulgado. »

Créese que esta fiesta se celebraba desde muy antiguo por los cristianos en diferentes días, con anterioridad al siglo XIII; y si consideramos que en 1264 fué cuando el papa Urbano IV ordenó por regla general que se estableciese este culto en la Iglesia universal, fuerza será confesar que esa práctica debía ya venir de las iglesias particulares, citándose entre otras la de Lieja que en 1246 la celebró á instancias de la beata Juliana. Consta sin embargo que la procesion del *Corpus* se dispuso por el papa Juan XXII al propio tiempo que la celebración de la Octava.

De todos modos resulta como un hecho constante que así la institución de la festividad como de la procesion son la significación del triunfo alcanzado por la Iglesia sobre sus enemigos en este ministerio de la Eucaristía que es para nosotros la prenda de la vida eterna y de la resurrección gloriosa.

Dícese por los historiadores que el célebre suceso de los corporales de Daroca contribuyó no poco al establecimiento de la festividad del *Corpus*, habiendo influido el ruido del milagro en el papa Urbano IV para determinarle á ello, y no creemos fuera de propósito referir aquí ese suceso, narrado en todas las historias.

« Seis nobles aragoneses, con unos mil hombres de las comunidades de Calatayud, Teruel y Daroca, cercaban aquel castillo, cuando viniendo sobre ellos todos los moros del país, se hallaron sitiados en su campamento. Iban á comulgar los seis capitanes cuando los centinelas dieron la voz de alarma. No habiendo tiempo

que perder, suspendióse la función religiosa, y el capellan (Mateo Martínez, cura párroco de San Cristóbal de Daroca) envolvió en los corporales las Formas consagradas. Al volver los capitanes para comulgar, halláronse las Formas teñidas en sangre, cual si fueran de carne, milagro que enfervorizó de tal modo á todos los soldados, que arrojándose sobre la morisma la pusieron en completa derrota, apoderándose en seguida del castillo y quemándolo por no tener fuerzas para conservarlo. (1240.) » Así lo refiere entre otros el historiador don Vicente Lafuente, añadiendo que las Formas consagradas se conservan aun pegadas á los corporales, y solo se manifiestan al público en este día en una preciosa custodia cerrada con sus portezuelas que regaló don Jaime el *Conquistador*, habiéndose edificado luego en el sitio del milagro el célebre convento dominicano de Luchente.

Las primeras ciudades que celebraron en España esta fiesta con toda solemnidad fueron Toledo y Sevilla en 1280; Barcelona en 1319 y Valencia en 1335.

La procesion del *Corpus* fué al principio una alegoría de todos los misterios del cristianismo, celebrándose autos sacramentales y entremeses al aire libre en que rivalizaban los más famosos poetas, hasta que se suprimieron en tiempo de Felipe IV. Los reyes asistieron á esta procesion, presidiéndola, y en tiempos de Felipe II se desplegó el mayor lujo y ostentación.

En las provincias aun se recuerdan estas alegorías. Toledo conserva la *Tarasca* y los *Gigantones*, aunque no salen en esta procesion desde que Felipe III lo prohibió para evitar irreverencias: Valencia tiene las *Rocas* ó carros triunfales; Barcelona sus comparsas, y en la mayor parte de las grandes poblaciones quedan vestigios de aquella antigüedad, que mezclando lo profano con lo religioso, se cuidaba menos de la verdad de lo que la fiesta del *Corpus* representaba, que de divertir al pueblo con espectáculos que hoy van desterrando el buen gusto y la civilización de estos tiempos.

El oficio que reza la Iglesia en este día, incluso el *Pange lingua*, es debido á santo Tomás de Aquino.

L. N.

Aureliano.

PRIMERA PARTE.

ESCENAS HISTORICAS DEL SIGLO V.

(Continuacion.)

La mayor parte de los *edelingen* sabían ya la noticia de la llegada del rey de los borgoñones, y no dudaron fuese él el que se acercaba al *Mahlberg*.

Clodoveo, Raganhaire y los *edelingen* dejaron para más tarde la revista de los destacamentos, y marcharon en comitiva á la entrada del lugar sagrado, para recibir allí al príncipe que llegaba, con todos los miramientos debidos á la hospitalidad y los honores que le eran debidos.

El rey Chilperico, que iba montado en un magnífico corcel, era un hombre de cerca de cincuenta años, y aun cuando el color rubio de sus cabellos y el conjunto de sus facciones atestigüasen su origen germánico, estaba vestido completamente á la romana, cubriendo su cabeza un casco de plata, y su pecho una coraza de oro. Los jinetes que le acompañaban y que eran unos cincuenta, estaban vestidos y armados lo mismo, aunque con menos riqueza.

Aureliano conducía al *Mahlberg* al príncipe borgoñón, y los jefes francos se apresuraron á dar la bienvenida al rey cuando bajó del caballo, pero no sin que llamara su atención una litera dirigida por cuatro conductores que fué colocada al lado del rey.

Era una especie de carruaje cerrado, provisto de varas y trasportado por dos caballos, colocados uno delante y otro detrás.

Los *edelingen* sabían que acompañaba al rey Chilperico su hija más joven, y naturalmente todos tuvieron curiosidad de ver á la joven princesa.

Después de haber dirigido su primera felicitación al rey, se aproximaron á la litera y colocaron en fila delante de la portezuela, para ofrecer sus homenajes á la que iba á salir de ella.

Un grito de admiración salió de todos los pechos al abrirse la portezuela y poner el pie en la tierra la hija del rey, que dirigió una graciosa sonrisa á los *edelingen*.

Acompañabanla también dos jóvenes, pero nadie apenas fijó su atención en ellas, porque la joven princesa encantó á todos, y Lutgarda misma, que se acercó á ella con Clodoveo, no pudo apartar sus ojos de la reciénvenida.

Esto no era extraño, pues la princesa era admirablemente hermosa; su dulce y modesta mirada tenía un no sé qué tan seductor y amoroso, que los guerreros que la rodeaban en aquel momento no parecieron sustraerse á la mágica influencia de sus encantos, y la contemplaban inmóviles y arrebatados de admiración.

Al notar Lutgarda la deslumbradora belleza de la joven, tembló, efecto de una angustia desconocida, ó de un sentimiento de odio tal vez.

Sus temores debieron tomar una forma determinada en su alma, porque de cuando en cuando miraba á Clodoveo como para descubrir algo en su fisonomía; pero como este se entretenía hablando con el rey y no vol-

via los ojos hácia la litera, los celosos presentimientos de Lutgarda no se confirmaron.

El tocado de la joven princesa era rico sin ser magnífico; llevaba un largo vestido de seda azul bordado de oro, y encima un ancho velo de tela ligera que caía sobre sus hombros y envolvía su cuerpo en graciosos pliegues. Sus cabellos reunidos en trenzas sobre la cabeza, formaban una especie de corona, entre la que brillaban algunas piedras preciosas.

Pero lo que pasada la impresión del primer momento, llamó la atención de los francos, fué que aquella encantadora niña tenía los ojos y cabellos negros como el azabache, y sus megillas estaban coloreadas de un virginal y hermoso color sonrosado, cuyo matiz no era propio de la sangre germánica. Y en efecto, su madre, la esposa de Chilperico, era de origen romano, habiendo querido la casualidad fuese su verdadero retrato, si es que Dios no la había dotado de mayor hermosura.

El rey de los borgoñones se acercó á su hija, la tomó de la mano, y llevándola á la presencia de Clodoveo, dijo:

— Hija mía, estás en presencia del poderoso jefe de los francos, cuya fama de bravura ha llegado hasta nuestra ciudad de Vienne (1).

Después dijo á Clodoveo:

— Señor, os presento á Clotilde, mi querida hija.

Aquel encuentro produjo en Clodoveo y Clotilde una extraña y mutua impresión. El jefe franco dirigió primero una mirada afable y humanitaria á la joven princesa; pero sus ojos quedaron después fijos en los negros de la princesa, y afluyeron su sangre á su cerebro inflamó su frente y sus megillas.

Una emoción desconocida, un nuevo sentimiento que le sorprendía y causaba vergüenza tal vez, se había apoderado de su corazón, y fuera de sí contemplaba la adorada aparición, cuya vista le encantaba y hacia olvidar cuanto le rodeaba.

Aun cuando Clotilde no estuviese tan profundamente conmovida, no dejó por eso de haber sido herida por la ardiente mirada de Clodoveo, y cubierto su rostro de un púdic encarnado, bajó la cabeza.

Habíasele hablado de los francos como de hombres heróicos, pero crueles y groseros, y confirmando realmente aquel retrato la muchedumbre que descubría á alguna distancia, imaginó que el jefe de aquellos salvajes guerreros debía sobrepasarles á todos en rudeza... Y sin embargo, tenía ante su vista á aquel jefe y veía que era un hombre joven aun, casi un adolescente, de alta y poderosa estatura, de fisonomía dulce, de benévola mirada y de unas facciones en las que brillaba la noble distinción de su origen soberano y una belleza tan expresiva, que se sintió predispuesta á inclinarse con humilde admiración ante su faz majestuosa.

Una sola persona observó la emoción recíproca de Clodoveo y Clotilde, habiéndola sondeado con profunda ansiedad, y esta persona era Lutgarda, que se estremecía, mientras sus megillas ardían inflamadas por un fuego secreto, dirigiendo sus ojos á Clodoveo como saetas, y espiando en su rostro el menor indicio de la turbación que le agitaba.

Esa crítica situación no duró más que un instante para Clodoveo, porque Chilperico volvió á tomar la mano de su hija y la presentó á Raganhaire y su hermana Lutgarda, de quienes le había hablado anticipadamente Aureliano.

Al hallarse frente á frente de una mujer, Clotilde se hizo más comunicativa. Una dulce y seductora sonrisa se dibujó en sus labios, y aun cuando el aire feroz de la hermana de Raganhaire no fuese capaz de animarla, la tomó afectuosamente la mano al saludarla, retirándola involuntariamente cuando la ardiente mirada de Lutgarda se encontró con la suya á manera de amenaza. La joven princesa se estremeció de espanto, porque las descompuestas facciones de aquella mujer revelaban un odio sanguinario. ¿Era contra ella? ¿Qué había hecho que explicara la feroz acogida que la hacía la hermana de Raganhaire, y que su mirada fulminase el deseo de venganza?

Aureliano observó el mal recibimiento que hacia Lutgarda á la princesa borgoñona, y atribuyó aquella acogida inhospitalaria al feroz carácter de Lutgarda, y dijo en latín á Clotilde:

— Noble princesa, no os ofenda la conducta de esa joven, hija de la antipatía que profesa á los extranjeros.... Vuestro padre os llama, ¿quereis volver á su lado?

Los dos jefes francos manifestaron al rey el objeto que les había reunido en el *Mahlberg*, y cómo se había interrumpido la revista de los destacamentos con su llegada, por lo cual, ya una vez reunidos, propusieron continuarla, invitándole á que les acompañase si gustaba.

Habiendo consentido el rey, todos los *edelingen* y el gran sacerdote se dirigieron hácia el ejército que continuaba formado en fila, y Clotilde siguió á su padre.

Lutgarda quedó algunos pasos detrás de Clodoveo con sus compañeras, y su rostro estaba pálido y completamente impasible. Parecía serla indiferente todo lo que la rodeaba, fijando únicamente su obstinada y sombría mirada en Clodoveo y Clotilde, á la que si hubiera podido atravesar con su puñal lo hubiera hecho de muy buena gana. ¡Cuánto debía sufrir su alma, pues figurándose que Clodoveo no cesaba de mirar á Clotilde, apartaba sus ojos de este para fijarlos inmediatamente en la seductora hija del rey!

(1) Vienne, sobre el Ródano, era la capital de una de las provincias del reino de los borgoñones.

(1) Matth. xxvi. — Marc. xiv. — Luc. xxii. — Joan. xiii, xi. — Cor. xi.

Hasta entonces había olvidado completamente á su desposada el joven jefe franco; pero al volver la vista casualmente, su mirada se dirigió al rostro de Lutgarda. La amargura y odio que leyó en él fué una pasmosa revelación; espantóse él mismo de lo que veía, y se avergonzó de aquella actitud insultante. Y después de todo, ¿qué era para él la hija del rey Chilperico? ¿Qué podía ella ser nunca para él, solemnemente desposado en presencia de sus ases? El, simple jefe de guerreros independientes; ella, ¡hija del mas poderoso de los reyes! ¡El pagano, ella cristiana!

Acercóse á Lutgarda, tomola la mano, y con rostro risueño y acento afectuoso, le dijo:

— Lutgarda, prometida mia, perdonadme que os haya dejado tan sola; los deberes que me impone la hospitalidad hacia el rey de los borgoñones, pueden servirme de excusa hasta cierto punto, pero confieso que he obrado mal. Vos sereis indulgente ¿no es verdad? ¿y me perdonareis este olvido por parte mia? Venid, Lutgarda, colocaos á mi lado y no me dejéis durante la revista de los destacamentos.

Estas palabras fueron un bálsamo saludable para el oprimido corazón de Lutgarda, pues el acento de la voz de Clodoveo era extraordinariamente dulce, penetrante y aun suplicante. Lutgarda se regocijó interiormente de haberse convencido tan inopinadamente de que el cruel presentimiento que la agitaba era infundado.

Pero á pesar de todo no dejó de manifestar cierta amargura en su voz, cuando dando la mano á Clodoveo y mezclándose con él entre los *edelingen*, le dijo:

— Clodoveo, ¿cuánto tiempo permanecerá aquí esa mujer de los cabellos negros?

— ¿De quién habláis? preguntó Clodoveo mirándola con cierto aire de reproche.

— ¡De la hija del rey! contestó Lutgarda haciendo un esfuerzo.

— Quizá parta pasado mañana con su padre, respondió Clodoveo, ó tal vez se quede aquí algunos días; eso dependerá de la naturaleza é importancia de los negocios que el rey tenga que tratar conmigo.

— ¡Ah! tanto mejor; porque experimento hacia esa cristiana tal aversión, que solo su vista me hace sufrir horriblemente.

El jefe franco no respondió á esta exclamación; porque comprendiendo que agitaba el corazón de Lutgarda una ardiente envidia, temió que sus palabras dieran pábulo al pesar de su desposada.

Hablando de este modo, llegaron al sitio en que los *edelingen* se hallaban ocupados en continuar la enumeración de las tropas, y esta vez Lutgarda levantó orgullosa la cabeza y paseó su mirada altanera en torno suyo, yendo delante agarrada de la mano de Clodoveo, hasta que terminó la inscripción de los diversos destacamentos en el punto en que se hallaban los enviados de Hainaut, Herbage y país de Namur.

A una señal del gran sacerdote, las trompetas dieron un toque conocido, y la comitiva de los *edelingen* se trasladó al centro del lugar sagrado, colocándose al rededor de un extenso monton de tierra, que debía estar elevado desde hacia tiempo, porque estaba cubierto de verde yerba.

Toda aquella multitud de guerreros se abrió y se colocó en derredor de la colina artificial, saliendo en seguida por distintos lados de entre las filas unos veinte ancianos.

Subieron á la colina con el gran sacerdote, y así que los clarines sonaron de nuevo, alzó la voz y habló en estos términos á la asamblea:

— *Edelingen*, guerreros de la federación de los francos salientes, que estais reunidos en el *Mahlberg*, sabed que los jefes de Tournay y Cambrai os llaman á tomar parte en una guerra que os colmará de riquezas y de gloria, si los ases bendicen vuestros esfuerzos. Según el uso de vuestros antepasados, el que vais á elegir por jefe supremo será el único que os guíe al combate, y todo el que tome parte en la elección, se obliga á seguirle fielmente, á obedecer sus órdenes y á defenderle á costa de su sangre y de su vida, salvo el derecho y la ley... A mi alrededor se hallan los diputados que ha nombrado cada canton para vigilar la elección y asegurarse de que todo se ejecute con buena fe y sin fraude... Raganhaire, aquí presente, suplica á la asamblea que no le elija á él, y siguiendo el deseo de vuestros diputados (1), propongo pues desde luego á vuestros sufragios, un hombre que les parece digno de ser vuestro jefe supremo. Cualquiera que sea por otra parte vuestra opinion, no olvidéis que compareceis aquí como hombres libres, cuyo derecho á expresar franca y lealmente su sentir, no puede ser extinguido ni por la fuerza ni por la autoridad. Estais invitados á votar alta y distintamente, ya hiriendo vuestro escudo en señal de aprobación, ya le alceis á la altura de vuestro rostro en señal de negativa. ¡Atencion!... En nombre de los diputados de todos los cantones, os propongo para jefe supremo á Clodoveo, hijo de Chilperico, jefe del país de Tournay.

Al oír este nombre, todos los guerreros pegaron en sus escudos con tanta fuerza é insistencia, que llenó el ancho recinto del lugar sagrado un ruido parecido al retumbo prolongado del trueno.

Aun cuando hubiese habido algunos que hubieran alzado el escudo hasta su boca y hubieran murmurado ó soltado gritos de desaprobación, no se hubiese podido verlos ni oírlos, porque los primeros formaban una imponente mayoría.

(1) Estos diputados, llamados *gasten*, eran los representantes designados en cada canton para ponerse de acuerdo en los asuntos importantes.

Cuando el ruido hubo cesado, los diputados se concertaron por un instante con el gran sacrificador, y haciendo este una seña con la mano para imponer un religioso silencio, gritó con voz fuerte:

— Por la voluntad de los ases, por vuestra libre elección y la aprobación de los diputados, queda elegido jefe supremo de la federación de los francos salientes, Clodoveo, hijo de Chilperico. ¡Que Odin le dé poder y gloria!

Dicho esto todas las trompetas sonaron, y los guerreros hicieron de nuevo estremecer la selva sagrada con el ruido formidable de sus escudos y el de las armas, chocadas unas con otras.

Los diputados bajaron de la colina y fueron á rendir homenaje al jefe supremo de los cantones, que rodeado de los *edelingen*, recibió de todos, excepto del rey de los borgoñones, las mas ardientes felicitaciones.

Rotas las filas de los guerreros, la multitud corrió tumultuosamente hacia el bosque sagrado, dando aclamaciones y cantando; y sacando cada uno de la silla de su caballo un cuchillo, un plato de madera y un vaso para beber, se apresuró á tomar sitio en las mesas en que debía servirse el banquete del sacrificio.

Entre tanto, los cantores fueron al altar y recibieron de los sacerdotes grandes fuentes de pedazos de carne cociendo, y jarros de cerveza mezclada con la sangre de las víctimas.

Clotilde dijo en latin á su padre al ver aquellos preparativos:

— Padre mio, os pido por favor que dejemos estos lugares, y nos traslademos á nuestra morada. El festín que va á comenzar se verifica en honor de los falsos dioses; estos paganos comen carne de caballo y beben sangre, y asistir á semejante fiesta, es pecar mortalmente contra Cristo nuestro Salvador.

— Tienes razon, hija mia, respondió el rey. Estoy cansado; además este festín durara mucho tiempo. Los asuntos que tengo que tratar con Clodoveo no pueden arreglarse aquí.

Dirigióse adonde estaba el jefe supremo, y le manifestó su deseo de retirarse del *Mahlberg* con su hija, para dar á sus cuerpos el descanso que exigía su largo viaje.

Clotilde se halló de nuevo en presencia de Clodoveo, y al saludarle alzó los ojos hacia él con una sonrisa de indecible dulzura.

Clodoveo se espantó de la impresion que produjo en él la mirada de la encantadora joven, y no supo, por decirlo así, qué responder á sus palabras; pero como Lutgarda estaba á su lado, hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y dominó la emocion que á pesar suyo se había apoderado de su corazón.

Acompañó al rey hasta la linde de la selva, seguido de los *edelingen*, y pensativo, aunque con el rostro tranquilo, no apartó su mirada de Clotilde hasta que desapareció en la litera.

Aureliano, que debía acompañar al rey, apenas pudo lograr una respuesta inteligible al pedir á Clodoveo las instrucciones necesarias para la comida del rey.

La comitiva de los *edelingen* volvió al lugar sagrado, y se dirigió á la gran tienda cubierta de ramaje, donde se había dispuesto la mesa de los jefes.

En el camino Clodoveo habló con algunos de los que le acompañaban del rey Chilperico y de su hija, sin fijar la atención en Lutgarda, quien temblando de despecho y rabia, se acercó al conde palaciego y le dijo al oído con tono imperioso:

— ¡Sigebaldo, quedaos atrás, necesito hablarlos!

Aun cuando le sorprendiese el acento de aquellas palabras que revelaban una viva cólera y un sufrimiento cruel, acortó el paso y dijo:

— Querida sobrina, ¿qué os conmueve tan profundamente? ¿Es acaso la llegada de la hija de Chilperico?

— ¡Silencio! murmuró Lutgarda obligándole á marchar mas despacio aun; ¡va en ello la honra de nuestra sangre!... Es preciso que nadie nos oiga.

Cuando estuvieron á una distancia conveniente de la comitiva, Lutgarda confió á Sigebaldo, con voz casi imperceptible, la causa de sus temores y dolor. El conde pareció escucharla al principio con incredulidad, pero poco á poco su mirada se inflamó de cólera é indignación. Agarró con violencia convulsiva el puño de su espada y profirió amenazas, esforzándose Lutgarda en calmarle. Logrólo al fin; parecieron estar convenidos en una resolución comun, y no tardaron en acercarse á la comitiva con rostro tranquilo, como si nada hubiera pasado entre ellos.

Los guerreros de todos los cantones estaban ya sentados á las numerosas mesas que había colocadas; la carne de las víctimas humeaba en los platos, y la cerveza mezclada con sangre llenaba los vasos y escudillas; pero nadie sin embargo tocaba á los platos y á la bebida, porque aun no se había bebido en honor de los ases, y el jefe supremo era el único que podía hacerlo el primero.

Clodoveo ocupó su puesto en la tienda abierta y dispuesta siempre para recibir en el *Mahlberg* á él y sus *edelingen*, y Raganhaire se sentó á su derecha, como la persona de mas dignidad; Lutgarda á su izquierda, y enfrente el gran sacrificador, colocándose los demás según su rango y edad.

Cerca de la mesa del jefe estaban reunidos los escaladas ó poetas sagrados; vestidos de blanco, con coronas de hojas de encina en la cabeza, con luengas barbas y sosteniendo en las manos unos instrumentos de cuerda que tenían la forma de arpas pequeñas ó laudes.

El conde palaciego Sigebaldo presentó á Clodoveo un cuerno de buey adornado con cinceladuras de plata, lleno de cerveza y sangre.

Clodoveo se levantó, y fijas en él todas las miradas de los guerreros, aun los mas distantes, tomó el cuerno guarnecido de plata y exclamó:

— Brindo por el mayor de todos los ases, brindo en honor de Odin.

Llevó á sus labios la copa y se la alargó á Raganhaire, quien después de haber probado la bebida, la pasó al *edeling* mas próximo; dando de este modo la vuelta el cuerno á toda la mesa, hasta llegar al punto de donde había partido.

Cada destacamento tenía tambien una copa comun para las ocasiones solemnes, y aquellos cuernos circulaban al rededor de las mesas á una señal que daba el jefe supremo.

Después de un momento de descanso, Raganhaire se levantó y propuso brindar en honor de Thor.

Un *edeling* del país de Flandes hizo otro tanto en honor de Freya.

El gran sacrificador bebió en honor de todos los dioses y diosas.

Y en fin, un diputado de la Herbage propuso, según costumbre, un brindis á la memoria de todos los héroes y amigos muertos en los combates (1).

Entonces los escaladas se dividieron en dos coros y se colocaron delante de la mesa de los jefes.

Uno de ellos comenzó un cántico, cuya melodia se cantaba en alta voz por uno solo, acompañando el canto los demás escaladas, no solo con sus instrumentos, sino con un murmullo singular que se elevaba y descendía alternativamente, añadiendo gestos y actitudes que daban mas efecto al canto.

El escalda que se hallaba á la cabeza del primer coro, cantó así:

« ¿Comprendeis el grito de las aves y el lenguaje de los cuervos hambrientos? Graznan en la selva sombría y piden con quejumbrosa voz cadáveres y sangre humeante.

» Ellos piden á las elfas de los bosques donde se hallan los hijos de Meroveo, cuya espada radiante como el rayo derramaba el terror sobre la tierra, tenga sed, esté siempre sedienta de sangre.

» Los espíritus de las selvas responden: — ¡Oh cuervos! los hijos de Meroveo olvidan en el descanso y la molición la bravura y honor de nuestros antepasados: su sangre entibiada se ha convertido en leche. »

Una gran parte de los *edelingen* agraviados por aquellas insultantes palabras crispan los puños de rabia, y tiemblan poseídos de una indignación mal reprimida.

Clodoveo se levantó con viveza, blandió en el aire su gigantesca espada, y lanzando al cielo una mirada flameante, exclamó:

— ¡Odin, Thor y Freya, vosotros lo oís desde lo alto de vuestra Heimsala! ¡Yo os pongo por testigos de que los negros espíritus mienten!

Pero el cantor prosiguió sin conmoverse:

« Ellos esperan en un lecho de comodidad la muerte de los cobardes y de los esclavos. ¡El orin corroe el acero de sus espadas, se avergüenzan de los ases en el Glansheim, se avergüenzan de la sangre de sus antepasados! »

El jefe supremo permanecía de pie delante de la mesa, pálido, con los labios temblorosos y visiblemente poseído de una ira que no podía contener. El gran sacrificador se acercó á él y se esforzó en hacerle comprender que los escaladas no habían tenido intención de irritarle; que se expresaban así para inflamar el valor de los guerreros, y que además el fin del poema rendía completo homenaje al heroico valor de los francos.

Clodoveo no lo ignoraba, pero las deprimidas palabras que acababa de oír le habían herido tan vivamente, que á pesar de sus esfuerzos no había podido comprimir su emocion.

— ¡Respetad á los servidores de los ases! dijo al fin el gran sacrificador. ¡Jefe de los francos, profanais el lugar sagrado!

— ¿Qué decis? ¡Los ases! exclamó Clodoveo. ¿Vos habláis en su nombre? ¡Lo que decis es falso, porque si los ases me acusan de cobardía de ese modo, me revolvería contra semejante ultraje y me vengaría!

El sumo sacerdote retrocedió de espanto; pero los *edelingen* por el contrario, aunque poseídos de religiosa ansiedad, admiraban á su jefe, que con la cabeza erguida y altiva, y sus azules ojos llenos de fuego, les parecía la verdadera encarnación del indómito valor franco.

La ira de Clodoveo pareció apaciguarse soltada la última imprecación; se sentó y paseó su mirada por la mesa que tenía delante, presa todavía de una profunda y visible emocion.

Entonces el escalda que se hallaba á la cabeza del segundo coro, entonó la respuesta al primer canto:

« Bajo y calumnioso es vuestro vil lenguaje, ¡negros espíritus habitantes de las selvas tenebrosas y arrojados del Heimsala de los ases! Los hijos de Meroveo viven, pero no bastardeados, sino que por el contrario piden á Odin les conceda un combate continuo, ansiando derramar un mar de sangre enemiga.

» ¡Cesad en vuestros lúgubres gritos, oh cuervos de Odin! Allí donde el sol del Mediodía madura dulces racimos, y tñe de púrpura y oro la pendiente de las colinas, allí podreis bien pronto apaciguar vuestra hambre en millones de muertos, por terrible que sea, y apagar vuestra sed en torrentes de sangre.

» Honor á vosotros, ¡oh francos! La espada va á brillar, el hacha y la framea chocarán en vuestros escu-

(1) Este era el último *toast* que había en los banquetes que seguían á los sacrificios.

dos. ¡Adelante, adelante hacia la opulenta Galia! ¡Si pecemos sobre los helados cuerpos de los enemigos, partiremos con las walkyries como héroes á la mansión de Odin, al eternal Walhala!»

Los escaldas, turbados por el mal efecto que habia producido en Clodoveo su cántico, se alejaron silenciosos en direccion del templo.

Todos los *edelingen* tenian los ojos fijos en su jefe supremo, que visiblemente abismado en una profunda preocupacion parecia no haber oido el himno laudatorio, pues no hizo el menor movimiento a pesar de haberse extinguido ya los últimos acentos del coro.

Poco despues se levantó lentamente y dijo con voz fuerte:

— Guerreros de todos los cantones, acordaos de la resolucion tomada en esta asamblea. Hallaos todos con vuestros compañeros en el dia que se fije, en el llano de Crambrai. El mundo sabrá si los Merovingios han olvidado lo que fueron sus padres en una cobarde molicie: ¡torrentes de sangre manifestarán á la faz de los ases lo que somos!..... Estoy cansado y tengo que llenar cerca del rey de los borgoñones los deberes de la hospitalidad. ¡Me retiro del *Mahlberg*, y me despido de vosotros hasta el dia en que suene la hora de la gran lucha!

Inclinándose luego hacia el sumo sacerdote, le dijo al oido:

— Ramoldo, Ramoldo, pide á Bragi, ase de los poetas (1), que no te inspire mas cánticos que no puede escuchar un Merovingio.

Un rayo de cólera surgió de los ojos del gran sacerdote, pero sin embargo, guardó silencio.

Clodoveo cogió la mano de su desposada y abandonó la tienda con ella y con los *edelingen* de su comitiva.

Cuando se dirigian hacia el punto en que se hallaban los caballos, Clodoveo dijo algunas palabras afectuosas á Lutgarda, á la que casi puede decirse no habia dirigido la palabra durante el festin; pero no recibió contestacion, observando en cambio que de los ojos de su prometida se escapaban dos lagrimas.

— ¿Qué os entristece, amiga mia? dijo; ¿llorais?

— La mujer de cabellos negros me inspira aversion y temor, dijo Lutgarda con voz alterada; su imágen burlona flota continuamente ante mi vista. Lloro de celos y de cólera. Clodoveo, ¡ojalá puedan las nornas cortar el hilo de su vida antes de que vuelva á aparecer el sol!

Un estremecimiento de indignacion agitó á Clodoveo; en su rostro se dibujó una sonrisa despreciativa, y aceleró el paso sin replicar al voto cruel que acababa de expresar su desposada.

Un instante despues, Lutgarda murmuró con voz sombría:

— Debo seguir á mi hermano á Cambrai, y espero que durante estos largos cuarenta dias, no dejareis de visitarle con frecuencia. Yo estaré sola, poseida de mis mortales angustias, gimiendo y llorando de dolor y rabia. Porque la cristiana estará á vuestro lado, habitará en vuestro palacio; podreis gozaros en las seductoras miradas de la mujer de los cabellos negros, como lo habeis hecho completamente en su primera aparicion. ¡Pero que tiemble! yo sabré cuanto pase, y no dejaré de vengarme.

— ¡Lutgarda! exclamó Clodoveo con energia, olvidais que hablais á vuestro señor. Escuchad lo que voy á deciros: Estoy unido á vos por una promesa hecha en presencia de los ases; pero no por eso dejaré de cumplir con mis regios huéspedes los deberes de la hospitalidad, segun los comprendo. No os imagineis nunca por otra parte, que el alma de Clodoveo pueda ser dominada á pesar suyo por una mujer, siquier fuese una

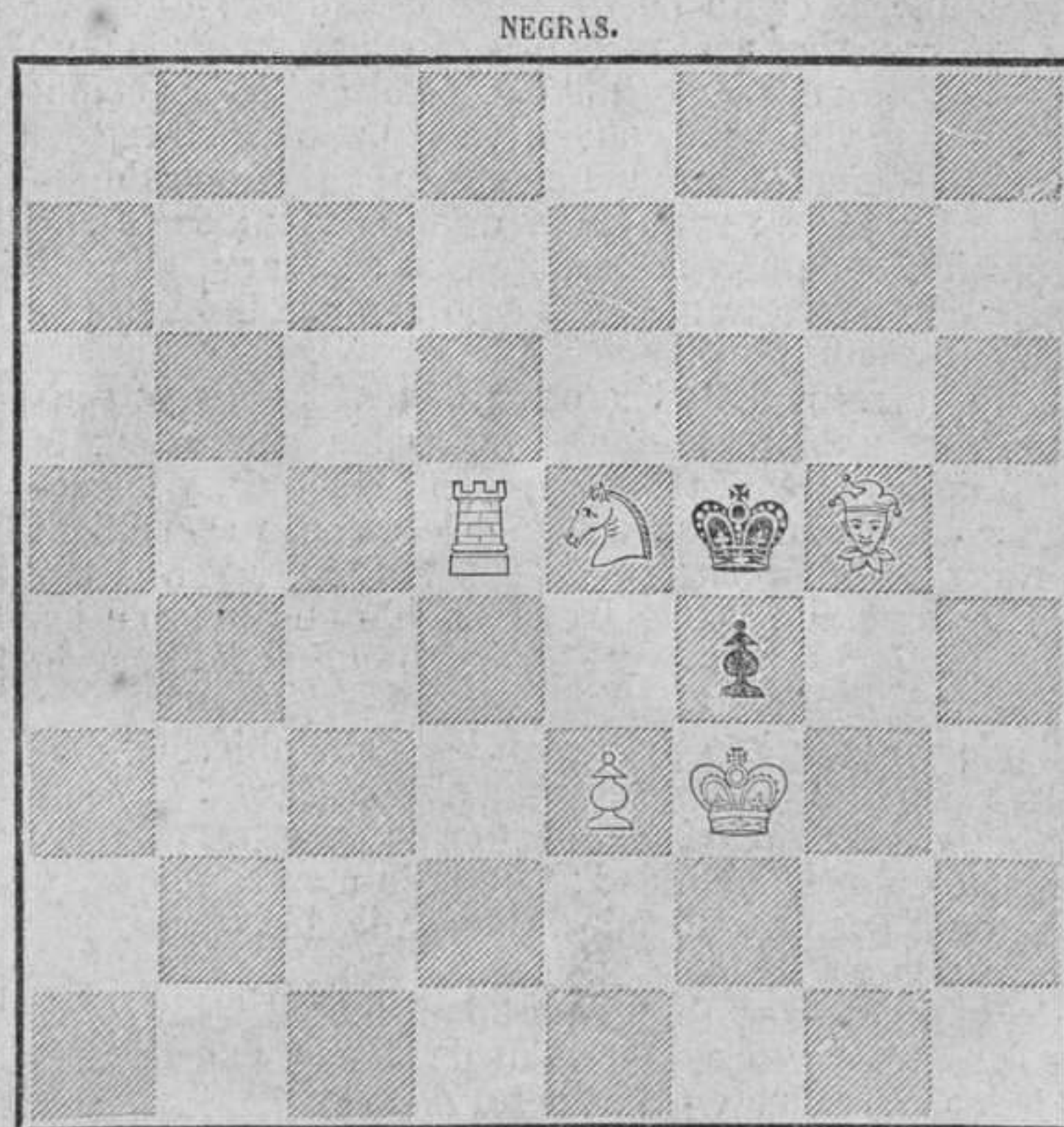
(1) *Bragi*. Este ase era famoso por su sabiduría y elocuencia; era maestro en poesia, y de su nombre habia tomado esta el de *bragur*. (P. Blommaert, página 114.)



La Madonna del Passetto, cuadro de Rafael.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NUM. 113, POR M. R. BENTHNER.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

tor antes de Rafael, habria sido capaz de dibujar así la figura del Niño Jesus. Ese cuerpecito desnudo es de una belleza incomparable. Las espléndidas cualidades del divino artista no están aquí en germen, sino que han adquirido todo su desarrollo. El sol se ha elevado ya sobre el horizonte, pero la luz matutina es suave y risueña, y por su calor se conoce que muy luego tendrá todo su brillo. Sean cuales fueren las incertidumbres relativamente á esta produccion y á sus copias, lo cierto es que se firma por sí misma con el gran nombre de Rafael, por la hermosura del dibujo y la gracia del sentimiento. Puede ser, como lo han conjeturado algunos criticos, que alguna de esas copias ó repeticiones, la de la coleccion Bridgewater, fuese hecha por Francesco Renni, y que la del museo de Nápoles haya sido pintada por otro de sus discípulos; pero la composicion del asunto y el dibujo pertenecen al maestro. Nadie sino él habria inventado ese bonito grupo de niños que se estrecha contra la Virgen; del Niño Jesus que su madre sostiene del brazo como si temiera que se cansara en el momento de emprender una larga marcha (pues la figura aislada de san José que parece está fuera de la composicion, la explica muy bien por el contrario; el aire triste con que se vuelve y mira á los dos niños indica una marcha y una despedida), y del san Juanito sobre cuya cabeza se posa la mano de Maria con una presion cariñosa para acercarle á su hijo. Todo esto forma un conjunto bellísimo y verdaderamente rafaelesco. A. J. D. P.

(1) Solucion del número 112.

- | | | |
|---|----------|----------------|
| 1 | Ra 3a Al | A come C |
| 2 | T 5a R | R come T |
| 3 | Ra 5a Al | Ra jaque-mate. |

walkyria. Partid pues tranquila, Lutgarda... ¡pero desgraciada de vos, desgraciada, si osais hacer algun mal por mi causa á la hija de Chilperico!

Lutgarda quedó como anodada por las resueltas palabras de Clodoveo, en las que halló sin embargo gran consuelo, porque confirmaban el solemne empeño que habia contraído con ella.

Tomóle la mano, y le dijo con abandono:

— Clodoveo, doy fe á vuestras palabras, aun cuando á mi corazon oprime la inquietud. ¡Ah! ¡que Odin os proteja contra las seducciones de la cristiana!

Dichas estas palabras, se unió á su hermano Raganhære, que estaba ya á caballo, y montando ella tambien en su corcel, desaparecieron bien pronto los dos jefes acompañados de sus leudes, por entre los arboles de la selva sagrada.

(Se continuará.)

La Madonna del Passetto.

CUADRO DE RAFAEL.

El cuadro de Rafael que reproducimos en esta página, se conoce con el nombre de *La Madonna del Passetto*, y hoy forma parte de la galeria Bridgewater en Inglaterra. Dicese que Rafael le pintó para el duque de Urbino; luego pasó á manos del rey de España, este le dió al rey Gustavo Adolfo, y llegó por herencia á Cristina, reina de Suecia, quien le consideraba como un tesoro de su coleccion de cuadros. Antes de pasar á Inglaterra figuró en la galeria de Orleans, tan rica en obras preciosas, y cuya dispersion en el último siglo fué una pérdida tan sentida para la Francia. Dos copias existen de esta pintura, la una en el museo de Nápoles, y la otra en Milan, en la coleccion de Sanquirico. Hay en esta composicion, que ha sido grabada diferentes veces, una frescura de sentimiento y un perfume de juventud que la da un atractivo particular. No aspira á la elevacion, no manifiesta la majestad de estilo que brilla en las últimas obras de Rafael; pero en cambio es mas tierna, mas ingénuo, y ya se admira en ella una correccion de dibujo notabilísima. Ningun pin-